ISSN 3115-2074

Conexión Zaquencipa

Estamos escribiendo nuestra historia

INFORME ESPECIAL:
SE PRENDIÓ LA SOLIDARIDAD



Conexión Zaquencipa • No. 47• Octubre 2025

CONTENIDO

Editorial 4

INFORME ESPECIAL: SE PRENDIÓ LA SOLIDARIDAD

Del fuego surge la semilla
por Alejandra Quintero 6

El chat Emergencias del Alto Ricaurte: un puente muy eficiente
por Ana María Echeverri 11

Todo comenzó con una pequeña llama, con un mensaje que encendió la unión
por Ángela María Zuluaga y muchas manos amigas 15

Estamos por encima de una noche sin luna
por Fernando Baena Vejarano 18

Entrevista a Diana Montejo
por Pedro Cortés Lombana 22

Posibles confluencias en torno a la regeneración, restauración socioecológica, resiliencia territorial y manejo integral del fuego, en el valle de Zaquencipa
por Felipe Rubio Torgler 28

El Fuego del Amor al Prójimo
por Luisa Prías 33



Operación Dinamo: la comunidad e institucionalidad unidas por los cerros
por María Teresa Reina Forero 37

Un incendio hace amigos
por María Andrea "Mayo" Otero 40

La memoria del fuego
por Jairo Barbosa 44

El fuego que nos enseñó a estar juntos
por Fernando Cordovez 48

Perdiendo a Iguaque
por María José Acero Hernández 54

La solidaridad apagó el incendio
por Mariana Guhl 59

Una mujer con mucho fuego en el corazón
por Mónica Perea Esparragoza 63

Conciencia acuática: recordar que somos agua
por Mariposa Solar 68

Ángela Sanabria: el mundo es de los valientes
por Olga Lucía Riaño 73



EDITORIAL

El incendio que se extendió por el cerro San Marcos, en Villa de Leyva, dejó una huella profunda en el paisaje y en la memoria de quienes vieron avanzar el fuego y el humo sobre las montañas. La emergencia nos recordó una verdad esencial: proteger el territorio no empieza cuando aparecen las llamas, sino mucho antes. Comienza en la forma como habitamos y cuidamos nuestra montaña.

Esta emergencia mostró el valor de la solidaridad, el poder de lo femenino, su fuerza organizativa y capacidad de liderazgo en la región. Vecinos, campesinos, comerciantes, jóvenes y organizaciones se sumaron con información, en apoyo logístico, alimento, agua, cuidado de animales y acompañamiento. La comunidad no fue espectadora: se apropió del territorio y actuó de manera ejemplar.

Durante los días más difíciles, la respuesta institucional fue decisiva. Bomberos, brigadas forestales, Defensa Civil, Cruz Roja, Ejército, Policía, autoridades municipales, departamentales y nacionales trabajaron de manera articulada para contener el fuego. La Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres coordinó las capacidades terrestres y aéreas.

La primera alerta casi siempre llega desde la comunidad. Son los campesinos, los vecinos de las veredas, los caminantes y quienes trabajan en el campo los que detectan un humo extraño, una chispa o una quema fuera de control. Informar oportunamente, conservar la calma y seguir las orientaciones de las autoridades puede marcar la diferencia entre un foco controlable y una tragedia de grandes proporciones.

La prevención comunitaria se construye con gestos concretos: evitar quemas de basuras, rastrojos o malezas en épocas secas; no arrojar colillas de cigarrillo ni vidrio en zonas de vegetación; apagar las fogatas por completo; no usar fuego cerca de cultivos, cercas vivas o bosques, y reportar de inmediato cualquier conato de incendio. Son acciones sencillas que protegen vidas, viviendas, animales, fuentes de agua y ecosistemas enteros.

Prevenir también implica conocer el territorio. Las comunidades que identifican las zonas más secas, los caminos de acceso, los

puntos críticos, las fuentes de agua y las rutas de evacuación están mejor preparadas para actuar. Por eso, los simulacros, las reuniones veredales, los acuerdos de vigilancia y la formación de brigadas locales son inversiones necesarias, no gastos eventuales, que consolidarían una red permanente de prevención, articulada con el Concejo Municipal de Gestión del Riesgo, las autoridades ambientales, los bomberos y las instituciones del departamento y la nación.

Ahora comienza otra etapa igual de importante: la restauración. Recuperar suelos, proteger nacimientos y quebradas, acompañar la regeneración natural y reforestar con especies adecuadas exige planes sostenidos y participación activa de las comunidades. También capacitación e inversión en obras de infraestructura preventiva.

La montaña no es un paisaje lejano: es agua, vida, memoria y futuro. Cuidarla es una responsabilidad compartida que comienza en cada vereda, en cada hogar y en cada decisión cotidiana. Que el dolor de lo ocurrido se convierta en compromiso, y que la solidaridad demostrada en medio de las llamas se transforme en una alianza permanente por la prevención, la restauración y la protección de nuestro patrimonio natural.

La participación de la comunidad y el diálogo entre todos los agentes relacionados son la base de una región más preparada, solidaria y comprometida con el cuidado de su territorio. Ahora se trata de convertir la emergencia en aprendizaje, la solidaridad en prevención y el cuidado colectivo en el mejor legado para las generaciones venideras.

Director Fernando Cordovez
Editor Gustavo Mauricio García Arenas
Comité Editorial Ana María Echeverri, Gustavo Mauricio García Arenas, Fernando Cordovez.
Revisión tipográfica Ángela García
Fotografía portada MARIANACRUZM
Webmaster Ana Arango y Florian Müller
Diseñadora Juana María Mesa Gandur

Villa de Leyva, Alto Ricaurte, Boyacá
conexionzaquencipa@gmail.com
+57 310 7114270

ALMA

BAZAR

"Ser artesano es dejar que el

ALMA

salga a la luz transformada en obra".

¡Nos mudamos!
Media cuadra adelante.
Carrera 9 # 14-101 Esquina.

¡Te esperamos!

@almabazar.villa
3208732538

Del fuego surge la semilla



Por Alejandra Quintero

Todos los años, uno se prepara para la llegada del fuego. Quienes habitamos este territorio lo tenemos siempre presente, porque sabemos que, a pesar de las alertas rojas y las prohibiciones de quemas y fogatas, cuando la tierra está seca y comienzan los vientos, año tras año, en alguno de los municipios del Alto Ricaurte, la montaña se enciende.

La primera vez que viví de cerca los incendios fue en 2015, cuando los cerros de Villa de Leyva se prendieron, y durante varios días, en los que el fuego no dio tregua, estuvimos atendiendo los focos que se extendieron hasta San Pedro de Iguaque, afectando también el Santuario de Flora y Fauna. Fue una temporada especialmente difícil, porque casi diariamente recibíamos alertas de otros municipios, y tuvimos incendios grandes en Gachantivá, Ráquira, Chíquiza y Sutamarchán. La magnitud de la emergencia requi-

rió que la comunidad se organizara mejor, para poder apoyar a los cuerpos de bomberos y a las brigadas de voluntarios que estaban en la línea del fuego.

La preparación permitió que el Grupo se convirtiera en la plataforma mediante la cual se articuló la atención del incendio.

La logística necesaria para apoyar una crisis de este tamaño implica una inmensa articulación que permita sostener a quienes están arriba: cientos de personas trabajan en la recolección de fondos, la compra de herramientas y suministros, el transporte, la elaboración de alimentos, la coordinación, las comunicaciones. Con el fin de conectar todos esos esfuerzos más efectivamente, en ese entonces creamos el Grupo de Emergencias del Alto Ricaurte.

Durante estos once años el grupo ha servido para coordinar y canalizar los esfuerzos de ayuda. Pero también ha sido una semilla que ha ido creciendo y propiciando la construcción de un tejido solidario en el que tenemos la certeza de contar los unos con los otros, y no estar solos.

Este año, como siempre, llegaron los vientos y la sequía, y con ellos las alertas diarias de fuego que, en su mayoría, pudieron ser atendidas



prontamente por los bomberos de Villa de Leyva. Pero el 24 de agosto se prendió el Arca Verde, en Gachantivá, y quienes vivimos en la montaña del frente presenciamos en tiempo real el avance vertiginoso del fuego, y fuimos testigos y partícipes del tejido colectivo que, de manera inmediata, se activó y, poniendo en práctica lo aprendido, se volcó a la atención del incendio, logrando que se apagara al día siguiente. Desde ese momento, los miembros del Grupo de Emergencias del Alto Ricaurte nos enfocamos en fortalecernos y organizarnos mejor: se unieron más personas, se sistematizaron las tareas, se distribuyeron funciones. Veinte días después, se encendió el cerro San Marcos.



La preparación de esas tres semanas permitió que el Grupo se convirtiera en la plataforma mediante la cual se articuló la atención del incendio, y también evidenció que aún queda camino por recorrer. Hay cosas importantes por corregir, sobre todo en temas de articulación institucional y prevención. El cambio climático, el crecimiento demográfico y la falta de ordenamiento territorial hacen que el manejo de las emergencias sea cada vez más complejo y desafiante. Podría escribir mucho sobre todo lo que hay que mejorar, pero creo que este es un ejercicio que requiere tiempo, y que de alguna manera ya hemos venido haciendo desde el primer día.

Hoy, con el recuerdo del incendio todavía vivo en el cuerpo, quisiera hablar de algo más intangible, pero no menos poderoso, que me acompaña desde ese sábado y que se ha ido solidificando con el paso de los días.

En esos momentos de mayor impotencia y desesperación, pude aferrarme a la potencia de la comunidad a la que pertenezco.

El domingo 20 tuve miedo. Por primera vez en los 14 años que llevo viviendo acá, después de atravesar otros incendios, inundaciones y emergencias, sentí que no íbamos a poder. Empezó a oscurecer y el incendio seguía creciendo. A pesar de los helicópteros, de los cuerpos de bomberos y de los cientos de voluntarios que desde la madrugada le estaban poniendo el pecho al fuego, este seguía avanzando ayudado por el viento. Ya no era solo el cerro San Marcos: el fuego había llegado a Chíquiza, a Sáchica, al Santuario de Iguaque, y estaba muy cerca del casco histórico. Con la noche, llegaban también la angustia y la incertidumbre, porque en la noche hay que bajar, monitorear y esperar.

El cambio climático, el crecimiento demográfico y la falta de ordenamiento territorial hacen que el manejo de las emergencias sea cada vez más complejo y desafiante.

Fue en esos momentos de mayor impotencia y desesperación, sumergida en la experiencia sobrecogedora de una fuerza natural inmensa, que pude recordar y aferrarme a la potencia de la comunidad a la que pertenezco. Sí, sola, soy pequeñita y frágil; pero con los otros, lo que parece insuperable puede ser afrontado.

Incansablemente, a pesar de la zozobra y el agotamiento, fuimos nosotros quienes nos sostuvimos. Seguimos, porque seguir era el único camino posible. Porque si no seguíamos nosotros, ¿quién? En medio del caos, de la adrenalina, de la incertidumbre, fue la inteligencia del colectivo la que dirigió, ordenó y ubicó a cada quien donde mejor pudiera servir. Gracias a la dedicación, perseverancia, resistencia y valentía de todos, se logró finalmente controlar el incendio.

El alimento en esos días de angustia y desesperanza fueron el altruismo, la generosidad, la vocación de servicio y el profundo amor por el territorio de todos aquellos con quienes tengo el privilegio de habitarlo. El gran regalo de esta catástrofe, para mí, es la convicción de que esa semilla es ya un árbol que tenemos que seguir nutriendo, cuidando y fortaleciendo para seguir protegiendo este lugar que nos ha dado tanto, no solamente ante una emergencia.

Así que, de aquí en adelante, recordemos. Cada vez que parezca que no hay salida, que todo es muy difícil, que no vamos a poder, recordemos que sí pudimos. No hay nada demasiado grande para una comunidad que trabaja en sintonía, porque lo único que nos salva en la adversidad es el tejido colectivo.

Gracias infinitas.

El chat Emergencias del Alto Ricaurte: un puente muy eficiente



Por Ana María Echeverri

El incendio que puso en alerta a Villa de Leyva no solo dejó una montaña marcada por el fuego. También puso a prueba la capacidad de una comunidad para organizarse, ayudar y, en medio de la emergencia, aprender sobre la marcha. En el centro de esa historia estuvo el grupo de WhatsApp *Emergencias del Alto Ricaurte*, que llegó a reunir a más de 1.500 personas y se convirtió en una especie de puente entre ciudadanos, voluntarios y organismos de socorro.

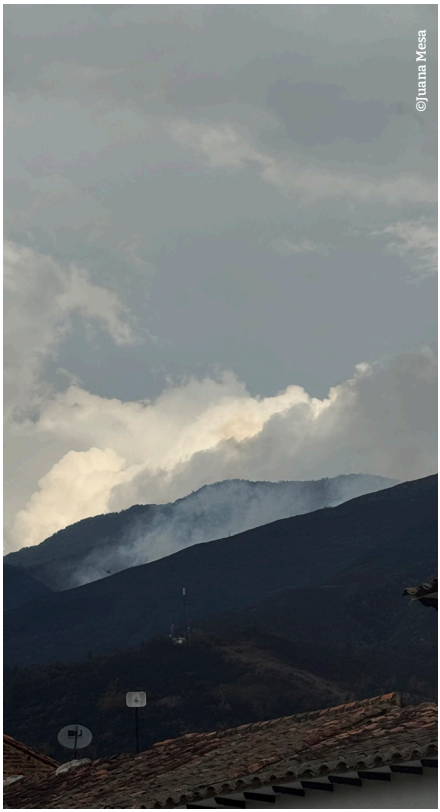
Lalo, uno de sus administradores, cuenta cómo funcionó esa red improvisada, cuáles fueron sus aciertos y errores, y qué debería cambiar si alguna vez —ojalá no— vuelve a ocurrir una emergencia de semejante magnitud.

¿Para qué se creó ese grupo concretamente?

El grupo se llama *Emergencias del Alto Ricaurte* y nació para publicar información y actuar cuando haya emergencias, como incendios, inundaciones, accidentes viales, etcétera, en los que la sociedad civil pueda colaborar. La idea es conectar a la comunidad con las autoridades y facilitar la participación ciudadana. No somos un organismo de socorro; somos un puente. Siempre hemos intentado que sea un grupo abierto, plural, con todas las opiniones. Como administradores del grupo, sabemos que tenemos una gran responsabilidad.

La idea es conectar a la comunidad con las autoridades y facilitar la participación ciudadana.

Creo también que el chat fue muy importante para coordinar la solicitud de recursos de todo tipo: herramientas, comida, agua..., y hacerlos llegar adonde se necesitaban. La solidaridad fue impresionante: se pedían 40 almuerzos y llegaban 60, gente que enviaba cosas desde Home Center en Bogotá y carros dispuestos a transportarlas en el menor tiempo posible. En muchos incendios que he estado, uno regresaba a su casa después de un día extenuante sin comer; en este incendio hubo comida y bebida para toda la gente, en el lugar donde se



encontraran (entre 400 y 500 personas diarias).

¿Cuál es la dificultad mayor para articular a la sociedad civil y las autoridades?

Es normal que en una emergencia aparezcan egos, intereses políticos y particulares. Hay personas que quieren lucirse o imponer sus decisiones. En los últimos días tuvimos problemas por eso, aparecieron los supuestos "expertos" en apagar incendios, en logística, y en todo lo imaginable, que se sentían por encima de las autoridades de bomberos, de policía, del puesto de mando unificado; entonces tuvimos que



empezar a bloquear mensajes, e incluso a eliminar del grupo a algunas personas que causaban confusión y pánico. Llegó a ser tan grande la emergencia y tanta la cantidad de gente queriendo ayudar, que en algunos momentos no se sabían los nombres de las personas que subían y bajaban, ni la cantidad exacta; no se alcanzó a hacer un registro.

¿A veces los organismos oficiales de socorro no quieren aceptar a los voluntarios y otras veces los voluntarios quieren imponer su voluntad y hacen cosas que no se deben hacer?

Hay personas con toda la voluntad de ayudar, pero sin experiencia ni equipo; por ejemplo, tuvimos una persona a las once de la noche, queriéndose bajar a pie por un camino peligroso, sin linterna, sin celular, sin conocimiento. Creo que estuvimos muy de buenas que no le pasó nada a nadie, porque una sola persona que se accidente arriba en la montaña, hay que enviar varios rescatistas a socorrerla. Las ganas de ayudar son valiosas, pero en una emergencia también pueden convertirse en un riesgo.

¿Los expertos mandan y organizan a los voluntarios? ¿Cómo es esa organización?

Esta vez fue bastante improvisado. Desde el chat tratábamos de apoyar a las autoridades con el conocimiento que teníamos del terreno y de los equipos. Hubo momentos en que un pequeño incendio recibía 150 personas, cuando probablemente ocho podían controlarlo. La desinformación terminó desperdiciando recursos.

Fue sorprendente que tanta gente lograra movilizarse y cumplir un objetivo tan grande en tan poco tiempo, sin ningún accidente notable.

Coordinábamos, en la medida de lo posible, no solo a la gente que iba a

apagar el incendio, sino a los que querían colaborar en los diferentes frentes: en la cocina, en compras, en la logística. Además, los administradores del grupo no estábamos simplemente detrás de un computador; muchos también estábamos en la montaña ayudando con el fuego. Fue sorprendente que tanta gente lograra movilizarse y cumplir un objetivo tan grande en tan poco tiempo, sin ningún accidente notable. Hubo incluso bomberos de Duitama y Bogotá que pasaron la noche apagando el incendio, unos verdaderos profesionales, incluso algunos mayores de 70 años, dándose la lucha toda la noche y cargando bombas, mangueras y herramientas pesadas.

¿Dentro del equipo había roles? ¿Cada quien se encargaba de un tema concreto?

Sí. Cuando alguien decía "me sobrepasó esta actividad", otro tomaba la batuta. Yo mismo, después de varios días de poco sueño y exceso de estrés, llegué a un punto en que dije: "Estoy al límite de mi capacidad humana". Me salí del chat, descansé y después regresé. La presión era enorme, especialmente porque una decisión podía significar arriesgar la vida de alguien al decirle si debía o no entrar al fuego.

¿Qué cosas crees que hay que revisar y se pueden mejorar?

Hay muchas cosas que corregir. Falta capacitación a la población en general, a la gente que llega a vivir aquí. Capacitación acerca de lo que es un incendio, sobre lo que se puede hacer para ayudar, a quién acudir, a quién obedecer, etcétera. Cómo prevenir incendios no sólo en la montaña, sino urbanos.

También hay que hacer un gran banco de herramientas permanente. Acercarnos más a las autoridades; siento que, por ejemplo, tenemos muy abandonados a los bomberos y les estamos delegando toda la responsabilidad, cuando todos como comunidad tenemos que ayudar.

Lalo Hernández es uno de los coordinadores de *Emergencias del Alto Ricaurte,* es de Villa de Leyva, hijo de un campesino de la vereda El Roble, "el que me heredó esta manera tan bonita de querer cuidar la casa. Él era bombero voluntario, tenía siempre listo su equipo. Cuando había un incendio, se ponía su ruana empapada en agua y con su fumigadora de bronce gigante a la espalda, se subía al cerro y mi mamá se quedaba rezando. De él aprendí que, cuando llega la noche, hay que regresar, porque son demasiados los riesgos. Al atardecer, lo veíamos bajar negro del tizne". Lalo estudió Odontología en Bogotá y regresó a Villa de Leyva a sus 22 años porque "Villa de Leyva es un paraíso y, también, por responsabilidad social, porque uno tiene que hacer algo por su gente".

Todo comenzó con una pequeña llama, con un mensaje que encendió la unión

Por Ángela María Zuluaga y muchas manos amigas

Era un sábado como todos los sábados al caer la tarde, de esos que se dejan despedir sin muchas pretensiones. De pronto, un mensaje por whatsapp, una llamada al celular, se ve humo en Iguaque... Humm, otro incendio suena en mi cabeza. Salgo, miro, corroboro, qué vaina: hay fuego en Iguaque, y con este calor y sequía. A paso lento y con cierta tristeza, me dejo caer en el sofá, mil mensajes, diez mil mensajes. El cerro se quema: dos, tres llamadas, y ya tenía en mi cuenta más plata con la que amanecí... Comida, los rescatistas necesitan comida y agua. Rápidamente, mi mente entra en acción. Bajo al pueblo, compró, entrego, no habían pasado dos horas y ya estaba otra vez tirada en el sofá con la tranquilidad de haber sido parte de la solución, ya todo se solucionaría, qué alivio.



Habían pasado 24 horas, los rescatistas seguían en el cerro, alguien estaba cocinando y yo tranquila con mi deber cumplido. Reviso el celular, solicitan voluntarias en la Casa del Abuelo, y mi mente nuevamente entra en acción: bajo al pueblo, entró a la Casa del Abuelo,

mucha gente, mucha comida, muchas rescatistas, mucha acción, hablo, me ofrezco... no encuentro mi lugar, salgo, me siento en un banco, uno de esos bancos adosados a las paredes que son tan queridos en las calles de Villa de Leyva, recuerdo, en la Casa de Justicia están solicitando almuerzos listos, voy, me ofrezco, cuadramos el menú, me comprometo a 50 almuerzos listos para la tarde. Son las diez de la mañana, más whatsapp, más llamadas, mercar, subir hasta Nido de Águilas, hago un comunicado en el chat veredal de Llanoblanco: se requiere donación y manos amigas para preparar arroz con pollo, huevo cocido, bocadillo, fruta y agua. Había que esperar, cada quien vivía el proceso de sentir el llamado de la montaña sagrada.

El corazón feliz de ser parte de una comunidad que, sin egos, haciendo cada quien su parte, se entrega a una causa común.

"Desde el sábado, alrededor de la una de la tarde, vimos el humo. Desde Auromira se veían crecer las llamas impulsadas por un viento severo que se fue calmando hacia el atardecer. Hicimos rondas de centinela durante la noche. La mía fue a las 3 a.m. Vi que las llamas se alejaban del pueblo hacia la parte alta de la montaña. Muy tristes, muy alertas. En la mañana del domingo volvió el viento y cambió el panorama. Las llamas crecieron rumbo a Arco Iris. Los chats activos pedían ayuda. Se olía el humo y se sentía el calor. Oímos el rechinar del bosque seco ardiendo. Evacuamos. Con tristeza y desapego evacuamos. Partimos después de humedecer los techos y la hierba seca. Volví a casa a Llanoblanco alrededor de las siete de la noche. Triste. Con sensación de impotencia. Así que el mensaje de Ángela en la mañana del lunes: "se necesitan manos", fue un alivio. Nos dedicamos a preparar alimento. Cocinamos con cierta devoción, con dedicación, con entrega. Cada quien haciendo su tarea. Muchas horas cada día. Cocinamos con la gratitud de poder juntarnos para alimentar a quienes salvan la montaña".
(Rosa Torres)

Son las doce del día y ya María Camila, Olga, Sara, Rosa, Patricia, Martha, Elizabeth, Faber, Miguel, Luz Marina y un gran número de nombres se suman. Orgánicamente, cada quien asume un rol: el arroz se cocina, alguien pela huevos, ensambla la comida, empacan. A las 2:30 de la tarde salen los almuerzos rumbo a la Casa de Justicia.

Teníamos donaciones, manos y corazones dispuestos a cocinar y las llamas seguían. Ahora eran 100-150 almuerzos diarios. Cada quien tiene un rol y un proceso que adelantar.

"Esta semana, este incendio se convirtió para nosotros en una experiencia memorable. Partimos de la zozobra y el miedo por lo que podíamos perder, de la impotencia ante la amenaza del fuego y del sentimiento de angustia al pensar que lo que podíamos hacer era muy poco; pero



de pronto empezamos a ver cómo todo era actividad, todo era generosidad, todo era entrega: de dinero, de tiempo, de manos, de saberes... y nos dejamos llevar por esa energía y vivimos la alegría de dar, la satisfacción de trabajar en equipo, la maravilla de sentir que sí podíamos hacer algo, y lo hicimos".
(LR)

Ángela recauda fondos; Luisa, Rodri, Faber, Mussi, Nora, compras. Patri, la logística: a quién y dónde se entrega, ya sea en carro o a lomo de mula, "una consigna", que llegue lo mejor posible y agradecer por su labor; Rodri marca las cajas de comida con un gracias y una carita feliz. Rosa se entrega y con dedicación pela papas, se suman más glorias, Dawn, Baily, Laura, Leonardo y más y más rostros. Se define qué se preparará: pollo, huevo, salchicha, papa, eso sí, bocadillo y fruta no pueden faltar. Listo salen para La Hondura a lomo de mula, que hay que entregar en San Pedro de Iguaque, hasta allá llegamos maravilladas del paisaje, de la grandeza y la paz que se respira al otro lado del cerro. Almuerzos entregados, jornada terminada y el corazón feliz de ser parte de una comunidad que, sin egos, haciendo cada quien su parte, se entrega a una causa común.

Un amanecer, otro amanecer... fueron seis amaneceres, juntándonos, uniendo nuestros corazones en el alimento; fue la forma de decirle a todos los seres que habitan la montaña: aguanta, resiste, ya casi lo logramos, el cerro sagrado de Iguaque nos agradece.

"La acción de ayudar en los días difíciles que acabamos de pasar tuvo una dimensión y un alcance grandiosos. Tantas personas unidas, conectadas por una misma intención y una voluntad férrea, sin sombra de vacilación o temor, como una hermandad, todos guiados por el deseo vivo, fervoroso, de ayudar a la montaña, de proteger su universo, sus habitantes, sus moradores, sus únicos dueños.

Ayudar, nos consoló, nos alegró, aun en medio del miedo y la confusión, nos salvó de la inercia y el desgano, de no hacer nada. Por un instante de nuestras vidas fuimos, al unísono, generosos, dispuestos, diligentes, audaces, temerarios, felizmente ¡hermosos seres humanos!".
(Luisa Saavedra)

Después de esta tragedia, una reflexión llega a mí: "En esta, sí nos salvamos como humanidad".

Estamos por encima de una noche sin luna

Por Fernando Baena Vejarano

No tuve la valentía ni las articulaciones de rodilla necesarias para subir —sin riesgo de que se desplazara de nuevo mi rótula— a la montaña, a echar azadón y a probar mi apoyo solidario contra el fuego. Cobarde, desde lejos escuché los helicópteros y sentí la tristeza general, sin saber otra cosa que esperar. En una caminata suave de media hora ya me canso bastante, con este musculoso cuerpo de escritor que solo muevo para usar el teclado. Vi los chats, apoyé de otras maneras, cancelé actividades festivas.

Cuando se logra la convocatoria es porque hay una conciencia colectiva viva. Aquí todos sabemos ser un solo organismo comunitario.

Soy de efecto retardado: cuando tembló el 10 de agosto, mi intelecto lo entendió, pero el miedo tardó unos tres días en llegar a mi estómago, para poder imaginar mejor lo que estaría sintiendo la gente. Mi esposa lo sintió inmediatamente, en un acto automático de telepatía.



Desde mi estudio se ve el macizo de Iguaque. Junto con unos amigos, le estuvimos cantando a la lluvia. Lo hicimos en serio, cuencos tibetanos en fila. Venían a descansar con mi sonidoterapia, y a contarme la experiencia de haber estado en la jugada. Sus relatos me ayudaron a estar donde no estuve. Aún así, todavía no lo dimensiono. Supongo que sigo en la fase de negación, o que no he salido de allí en toda mi vida.



O quizá veo el mundo que me circunda con demasiada distancia, y por eso me siento tan poco práctico. Soy práctico en el sentido de que no hay nada más aterrizado que una buena teoría. Y así me excuso. O me conozco sin tapujos. Mi deficiencia, entonces, es mi fortaleza: hago abstracciones como oficio. Y aquí mi aporte: Villa de Leyva es un ágora.

No perdamos eso. Ya casi nada es αγορά (ágora); y, como siempre, la etimología nos otorga lo necesario para valorar lo que más nos define como uno de los municipios más solidarios de Colombia. Ágora proviene del verbo *agerein,* que significa reunir, convocar. Solo luego pasó a designar el lugar de reunión, pero en principio es un verbo, una acción: cuando se requiere, se convoca; y cuando se logra la convocatoria es porque hay una conciencia colectiva viva. Aquí todos sabemos ser un solo organismo comunitario.

Quedó probado con el incendio. Hubo auditorio, es decir, se logró ir a escuchar. Oímos las llamas, oímos las voces de auxilio, acudimos (y me perdonan que me incluya). No hay que olvidar nuestra médula ósea, porque siempre es de eso de lo que se trata: de pertenecernos los unos a los otros.

Somos arañas que caminamos sin notarlo sobre la tela del amor, que nos sabemos mirar a los ojos

Ya, comparativamente, lo de menos es cómo, cuándo, dónde, para qué y

de qué manera nos congregamos. ¿Para ofrecernos mutuamente lo que hemos elaborado con nuestra paciencia, nuestras manos artesanas, una sincera vocación y nuestro valioso tiempo? Perfecto, llamémoslo "mercado": esa platea que en idioma árabe proviene de la raíz semítica *souk*, relacionada con impulsar, conducir o guiar al ganado, llevar las mercancías; ese concepto ruso proveniente de lenguas eslavas, *rynok*, del que se deriva ring, que prefiere designar el placer de sentirnos reunidos por su forma circular, su designación arquitectónica. Llamémoslo, en la próxima edición de *Conexión Zaquenzipa*, "mercado orgánico": un espíritu común, no un depósito de casetas, ni una construcción de estilo colonial para la vanidad turística.

La supervivencia se hizo humana cuando los lazos comunes los tejimos con afectos, narrativas de unas mismas lenguas, señas y latidos.

Somos un círculo. Sabemos estar todos a la misma distancia de un punto imaginario llamado centro, como diría Pitágoras. Y eso fue lo que vimos: sin distingos, estuvimos todos allí. No había diferencias, creo. No había apellidos, lugares de procedencia, récords de permanencia en el territorio, prerrogativas de origen, piel o acentos del habla. Como si fuera un festival, pero de preocupación compartida y acción ejecutiva. Se borra todo lo que nos separa cuando nos amenaza la muerte, la catástrofe; pero en nuestro caso no solo en esas situaciones aparece la ayuda, la congregación, el acto de dar la mano, sino en calidad mayor: para orgullo municipal, sabemos ser así casi todo el tiempo.



Yo creo que son habilidades éticas naturales, relativamente. Pero que se han perdido. Las grandes urbes son la purgatorial antítesis cotidiana de nuestro bello municipio, y nuestro natural afecto el atractivo inconsciente del turismo. Es sospechoso que en algunos países bajos, en los que la seguridad social le brinda a cualquier recién nacido desde ahí en adelante todo lo que necesite (salud, ingreso mínimo,



educación, vivienda, etc.), haya tanta gente sola. De alguna manera, nuestra biología de colmena nos viene de la conciencia común de ser un mono desnudo, frágil, desprovisto de todo menos de amigos en una misma tribu de necesidades y retos. La supervivencia se hizo humana cuando los lazos comunes los tejimos con afectos, palabra, narrativas de unas mismas lenguas, señas y latidos. Las neuronas espejo, que la bioquímica cerebral ha descubierto, nos postulan para ser una especie empática. Cuando un futbolista se accidenta en un partido, a los televidentes nos duele el tobillo. También hay algo más que ADN, y ha de haber una capa que no es solo epigenética en la cebolla misteriosa de la generosa conducta humana que se prende como un bombillo cuando hay peligro. ¿Qué será?

Yo no creo en la magia, pero que la hay, la hay. Y mi magia preferida se llama trascendencia. Somos caminantes al misterio divino, invitados a la felicidad del alma que se abre como flor de múltiples maneras. También es porque somos arañas que caminamos sin notarlo sobre la tela del amor, que nos sabemos mirar a los ojos; que nos ponemos tristes de saber que se nos quema el follaje cuando arden los árboles nativos, que nos ofrecemos —cuando toca desalojar— guarida, hospedaje y comida. Nos disponemos sin pensarlo siquiera a arriesgar la vida por los otros, nos dolemos de los seres sintientes que recogemos en guacales para ocuparnos luego de reintegrarlos a la naturaleza. No hay dolor que no enseñe. No hay acantilado marino por el que uno caiga maldiciendo que no conduzca a disolverse en ese mar nirvánico, disuelto ya el ego en un amor agradecido. Y no hay incendio forestal que no conduzca a unirnos más que nunca, a prever mejor que siempre cómo estar listos para la próxima vez que el monstruo salga del armario a asustarnos en medio de la noche sin luna.

Entrevista a Diana Montejo



Por Pedro Cortés Lombana*

Gran dolor y tristeza ver el fuego arrasando los bosques y la vegetación de más de mil hectáreas en los cerros de Villa de Leyva y terror al sentir llamas gigantes acercándose al pueblo. Pero, por otra parte, admirable la respuesta generosa de toda la población y de muchos municipios que concurrieron presurosos a colaborar apagando las llamas y apoyar con dinero, logística, transporte, alimentación y demás requerimientos.

Bomberos y cuerpos de socorro cumplieron con esmero su función, con apoyo aéreo, el cual llegó tarde, pese a que, en el Festival de las Ideas —que en ese momento se estaba llevando a cabo en el pueblo—, había muchas personalidades influyentes en el nivel nacional. Pero lo más importante fueron los centenares de voluntarios que durante una semana demostraron generosamente su amor por esta villa tan valiosa y bella y su compromiso con la vida de todas las especies, desafiando el peligro, arriesgándolo todo por proteger lo de todos.

Diana Montejo es una de las personas que dieron ejemplo de valentía y compromiso al ubicarse en la

primera línea, impidiendo que el fuego explotara el tanque de ACPM de Ritoque y que avanzara hacia la zona más estratégica del santuario. Cuando todos los cuerpos de socorro se retiraron, Diana, con varios grupos, continuaron batallando porque las brasas seguían avanzando por el piso. Aun después de concluido el incendio, ellas y ellos han regresado con la decisión de colaborar en el proceso de la restauración ecológica y cultural de los cerros tutelares, cuya historia está relacionada con nuestros ancestros muiscas y campesinos. Diana también colaboró con la Alcaldía en la organización de la logística de apoyo.

Con el propósito de contribuir a proteger el territorio y aprender las lecciones de tan valiosas experiencias, se presenta la siguiente entrevista a Diana Montejo.

¿Qué fue lo más satisfactorio, lo que usted más valora en estas circunstancias tan riesgosas?

Lo que más valoro es haber visto a toda una comunidad civil unida y solidaria en esta emergencia ayudando, cada cual desde sus fortalezas, saberes, quehaceres, posibilidades y recursos. No fue solamente la comunidad de Villa de Leyva, sino también de otros municipios de la provincia y más allá; también de las ciudades e incluso turistas nacionales y extranjeros.

¿Cuáles fueron las mayores dificultades, lo más difícil, los mayores peligros?

Haber percibido un Puesto de Mando Unificado (PMU) sin reconocimiento de la sociedad civil organizada, es decir, de brigadistas, voluntarios y vigías de Villa de Leyva y el territorio. Fue muy doloroso saber que ningún frente de la sociedad civil, tan expuesta al fuego, recibiría una descarga helicotransportada porque, pese a haber lanzado nosotros las coordenadas reiteradamente, el PMU solo recibe coordenadas de Defensa Civil y Bomberos, unidades en las que no todos sus integrantes conocen el territorio y no comprenden cómo se propaga rápidamente el fuego, si no se enfrían o refrigeran las zonas subsiguientes en la dirección de los vientos.

Ojalá que otras reflexiones también las hagan todos los actores institucionales y de la sociedad civil que participaron en la emergencia.

¿Qué apoyos fueron los más efectivos y cuáles hicieron falta?

¡Todos los apoyos de la sociedad civil fueron efectivos, absolutamente todos! El centro de acopio: cocina, comida, herramientas, droguería, transporte, donaciones, mano de obra, indígenas llamando lluvia, así como el helicóptero naranja y el gel apagafuegos pagado por la socie-



dad civil y muchos más apoyos. Solo hizo falta una mejor coordinación entre las instituciones del Estado y los cuerpos de socorro con la sociedad civil.

Recomendaciones a la ciudadanía: estar siempre pendiente y atenta a los conatos de incendio en los cerros.

¿Cuáles fueron las herramientas y equipos más útiles, y cuáles hicieron falta?

Todas las herramientas fueron útiles, cada una en un espacio y lugar apropiado amilanaron el fuego. Destaco el helicóptero naranja que fue dirigido para las descargas desde la base de Arco Iris por María José Acero, "Majo".

Faltó informar más y mayor receptividad por parte del PMU, Parques Naturales, unidad de Bomberos de Villa de Leyva e institucionalidad sobre las maravillas del gel hidro retenedor agrícola (Hydrosorb-k), que no solo sirve para disminuir y debilitar las llamas, sino que ayuda a retener el agua, enfriar las zonas calientes, además de ser un excelente polímero superabsorbente, a base de potasio, potencializador de suelos al momento de hacer la restauración natural asistida. Dicho producto fue donado

por la sociedad civil para enfrentar el fuego, pero tuvo poco eco en la institucionalidad.

¿Quiénes coordinaron las acciones en terreno?

El Puesto de Mando Unificado. En cuanto a la sociedad civil, coordinaron los líderes naturales y también el cuerpo de Bomberos de Villa de Leyva.

¿Cómo fue la coordinación del apoyo de la ciudadanía por parte de la Alcaldía?

Estuvo muy bien que la Alcaldía hubiera dispuesto la Casa del Primer Congreso y la Casa del Abuelo como centros de acopio y el personal de carrera administrativa, servidores y empleados públicos para la logística, en coordinación con la ciudadanía, para que todos los voluntarios y organismos de socorro, ejército y policía tuvieran todo lo necesario para enfrentar la emergencia.

¿Cómo vieron el apoyo del nivel departamental y nacional?

¡Me pareció mediático, de espectáculo y amañado!

¿Qué recomendaciones a tener en cuenta para mejorar la capacidad de reacción inmediata?

A la ciudadanía: estar siempre pendiente y atenta a los conatos de incendio en los cerros y no confiar en que los helicópteros lleguen a apagarlos. Estar más organizados, más capacitados y empoderados.

A la Dirección Nacional de Bomberos: realizar prueba de esfuerzo a los bomberos de Villa de Leyva; fortalecer, formar y dotar la unidad.

Gracias Diana.

Ojalá que otras reflexiones también las hagan, desde su experiencia, todos y cada uno de los actores institucionales y de la sociedad civil que participaron en la emergencia, para que un próximo incendio no se nos salga de las manos, como ha sucedido tantas veces. Hace dos años, al terminar otro incendio escribí: "Una vez más se repite el duelo, sin que la lección se aprenda, para impedir que la llama prenda, o de inmediato cortarle el vuelo". Estamos muy cortos en capacidad de prevención y condiciones para poder actuar con eficiencia, como vías de transporte y senderos hacia el cerro, exclusivas para bomberos y reservorios de agua a diferentes niveles en las cañadas de los cerros.

Lo más importante fueron los centenares de voluntarios que demostraron generosamente su amor por esta villa y su compromiso con la vida.

Yo también me sumé a los aplausos de la noche, cuando vino el gobernador, porque todos los que enfrentaron la conflagración

(bomberos, cuerpos de socorro, voluntarios) hicieron esfuerzos valerosos, arriesgaron la salud y la vida; también los pilotos de helicópteros y el PMU, de quienes no puedo juzgar su competencia, pero sé que cuentan con tecnología satelital de control remoto para sus labores. Pienso que los bomberos de Villa de Leyva sí tienen conocimiento y bastante experiencia.

Una emergencia de esta magnitud nos recuerda la importancia de actuar a tiempo y no subestimar los primeros indicios de fuego.

Pero la verdad es que este incendio no hubiera sucedido si se hubieran tomado las medidas de prevención y de reacción inmediata, como se hizo en la alcaldía de Víctor Hugo Forero. Y no hubiera cogido fuerza si se hubiera ejecutado a tiempo un plan de contingencia y si el apoyo aéreo hubiera llegado a tiempo, pero la falta del empalme, cuando el cambio de gobierno, les cobró su cuota. El capital invertido en los vuelos de los helicópteros hubiese cubierto, de sobra, los costos de todas las medidas de prevención y contingencia. Con seguridad que un incendio es más barato prevenirlo que apagarlo.



*Sociólogo.

Testigos de la Memoria

La historia reciente de Colombia, contada por quienes la ven de frente.

Cuatro días de charlas y conversatorios con algunos de los periodistas más reconocidos del país.

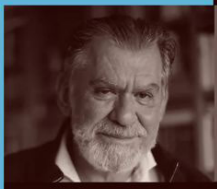
Villa de Leyva

5 - 8 NOV 2026


Daniel Samper


Fidel Cano


Luz María Sierra


León Valencia


Cecilia Orozco


Yolanda Ruiz

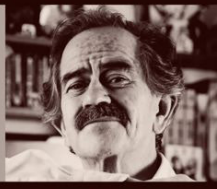

María Elvira Samper


Guillermo González


Marta Ruiz


Darío Restrepo


Marisol Gómez


Jorge Cardona


Ricardo Ospina


Martha Soto


Ana María Echeverri



Organiza

Conexión Zaquencipa
Estamos escribiendo nuestra historia

Aliados

Casa Museo Antonio Nariño

Duruelo
Hospedería y Centro de Convenciones

Apoyan

Relato · centro cultural Tunja · Chuska Cocina · El Carmel · El Ático · Icono · Casa Boutique · Hotel Fe de Agua

Posibles confluencias en torno a la regeneración, restauración socioecológica,

resiliencia territorial y manejo integral del fuego, en el valle de Zaquencipa

Por Felipe Rubio Torgler*

Las actuales condiciones del planeta nos obligan, como humanidad, a encauzar de forma colectiva múltiples cambios, determinados por variados tipos de transiciones socioecológicas hacia la gobernanza, la resiliencia y la sostenibilidad de nuestra madre tierra. Lo que nos están diciendo las crisis planetarias es que estamos viviendo un desajuste climático que, asociado a la pérdida de biodiversidad, genera múltiples eventos adversos, que serán cada vez más frecuentes y agresivos. Nuestra respuesta como humanidad será retada y nos exigirá buscar formas para poder abordar acciones más integrales, cooperativas y solidarias, en sintonía con la naturaleza.


©Katherine Sáenz

Los incendios se han agudizado y generado con mayor frecuencia e



intensidad en el planeta, en Colombia, en Boyacá y en la región del Alto Ricaurte. Esto nos ha llevado a extinguir incendios cada vez más intensos, tarea que han despertado y fortalecido múltiples respuestas de la sociedad civil y el Estado en variados aspectos, y han venido exigiendo el cumplimiento de acciones preventivas, extinción de incendios y remediación restaurativa, por parte de varios entes estatales, de diferentes formas, escalas y niveles.

Fortalecer la capacidad social para la acción conjunta.

El incendio que inició en Villa de Leyva, el sábado 19 de septiembre de 2026, y que afectó 1.480 hectáreas, con un 80 % de esta área dentro del Santuario de Fauna y Flora de Iguaque, motiva y obliga a una serie de análisis, pero en este texto quiero destacar lo siguiente: primero, que la extraordinaria movilidad social, que se dio y se reunió en torno a la extinción del incendio en los municipios de Villa de Leyva, Chíquiza y el Santuario, nos confirma que ya existe una profunda conciencia del grave impacto y los riesgos que los incendios generan; segundo, que podemos actuar como sociedad desde múltiples posiciones y acciones; tercero, que existe voluntad desde múltiples actores para la construcción de una propuesta estratégica para la acción conjunta entre Estado y sociedad civil, dirigida a la prevención, el control de incendios, la regeneración y la restauración territorial socioecológica de la región del macizo de Iguaque y del valle de Zaquencipa. Ahora bien,

cabe tener en cuenta los variados retos que esto significa.

Contexto, situaciones y propósitos

En Colombia y, en especial, en Villa de Leyva, ha habido procesos de cambio en los paisajes —originalmente constituidos por bosques— hacia otros con predominio de especies que rebrotan del fuego (pirogénicas), como los pastos (algunos invasores foráneos), los pinos, acacias asiáticas y eucaliptos (foráneos), helechos, algunas especies de arbustos, etc., y que, por lo tanto, constituyen con el tiempo ecosistemas o paisajes "amantes" o propensos al fuego (pirófilos), a los que se les integran los procesos de aridización y desertificación generalizada en esta región. En variadas zonas de la región árida y subhúmeda del Santuario de Fauna y Flora de Iguaque y, en general, en el valle de Zaquencipa, con estas condiciones climático-ecológicas, en donde se han presentado reiterados incendios, se acumula materia vegetal generado por anteriores incendios y proliferación de especies dependientes del fuego, que se constituyen como cargas de combustible y que, cuando se genera fuego, aumentan la intensidad y la frecuencia de los mismos.

Ante esta situación de predominio de paisajes propensos al fuego, el manejo teórico de estas zonas naturales, con un esquema de manejo y gestión territorial integral e ideal, consiste en reducir y revertir la presencia de especies que dependen del fuego (especialmente, las invasoras foráneas), al ser reemplazadas con procesos naturales de sucesión vegetal, que deben ser impulsados gradualmente con tareas de restauración ecológica, hacia la conformación de ecosistemas andinos (propios y afines con los ecosistemas anteriores a la conquista española), que no faciliten el fuego, además de realizar el manejo permanente en la reducción de cargas de combustible, derivado de incendios anteriores, y el manejo para evitar la proliferación de especies "promotoras" del fuego.

Es posible caracterizar los impactos, realizar algunos pilotos de restauración ecológica participativa contando con los científicos, la participación social y el Estado.

Pero esta tarea es de una muy alta exigencia, dado que se requiere de esfuerzos, tanto técnico-científicos, como participativos, de coordinación, gestión e inversión estatal; y dados los múltiples escenarios de restauración y los tiempos requeridos, son varias las tareas a realizar sobre una gran extensión impactada, así como para las intervenciones requeridas en las zonas más propensas a incendios (que incluye la sustitución de foráneas,



impulsoras de fuego); que deben necesariamente incluir la prevención de la ocurrencia y el control y extinción eficaz de nuevos incendios, mientras se conforman y consolidan las áreas menos propensas al fuego, acciones que deben mantenerse en el tiempo, hasta lograr la meta de cambio de coberturas y nuevas formas sociales de manejo del territorio.

Ya existe una profunda conciencia del grave impacto y los riesgos que los incendios generan.

Y todo este grupo de acciones es exigente y onerosa, tanto en tiempo como en costos, dado que el esfuerzo operativo, inversión, gestión, monitoreo y trabajo cooperativo debe ser constante por varias décadas por venir. Aunque en lo inmediato (una vez el área "descanse" del impacto, y vuelva un periodo más estable de lluvias), es posible orientar y ejecutar procesos, en los que se puedan caracterizar los impactos, diseñar y realizar algunos pilotos de restauración ecológica participativa, en varias zonas, contando con los científicos, la participación social y el Estado.

Ejes de acción conjunta

Se visualiza una acción conjunta en tres dimensiones o ejes de acción:

Ciencia para la acción restaurativa y preventiva

Para que las capacidades científicas soporten decisiones adecuadas para el manejo de zonas incendia-



das, o propensas a incendios; así como, en los diferentes aspectos integrales de la prevención, manejo y gestión de incendios y la restauración ecológica participativa requerida de zonas afectadas o propensas.

Participación local para la curación restaurativa, la prevención y atención integral

Está centrado en fortalecer la capacidad social para la acción conjunta, frente a la prevención, extinción de incendios, restauración ecológica participativa y pedagogía social frente a la regeneración y resiliencia territorial.

Cooperación estatal para la acción preventiva y de atención de eventos

Este eje se centra en afianzar las obligaciones de Estado para la coordinación, subsidiaridad y complementariedad para la atención integral de las diversas situaciones que anteceden, acontecen y preceden incendios en zonas rurales.

Estos ejes integrados necesariamente suman a una diversidad de actores que habitan, inciden y deciden sobre el territorio. En consecuencia, exige el desarrollo de procesos de largo aliento, encaminados a una permanente gestión y acción pedagógica que viabilice todos los requerimientos de este tipo de acciones complejas, en el tiempo.

Todo proceso humano que busca resolver problemas complejos ahora, previendo mejores futuros, puede iniciar con pocas iniciativas que deben ser muy perseverantes, lo mejor encarriladas posibles y reconocidas por varios grupos sociales, como posibles caminos. Este texto solo muestra un marco general de un posible camino; no es una guía técnica, es más bien una reflexión-propuesta. Ya en otros escenarios, y en el marco de esta propuesta general, la discutiremos y desarrollaremos, entre todos.

---

*Biólogo.

El Fuego del Amor al Prójimo


©Margarita Casas.

Por Luisa Prías

Para mí, la alerta llegó dos días antes de que empezara el gran incendio. Esa mañana había tenido la diecisieteava ruptura del corazón en los últimos cuatro años.

El tejido de la vida es lo más importante y ponernos al servicio de una causa.

Estaba en Cartago (Valle), montando las luces de la penúltima función de la gira por el Eje Cafetero de la obra *El Retorno de Nuestra Señora Jesús*. Entonces me llama el vecino y me dice: "Doña Luisa. Si los bomberos no vienen ya, se le va a incendiar su casa." Llamamos a los bomberos, a los amigos, a las amigas, publicamos en los múltiples grupos de cultura de Villa de Leyva. Llegaron 50 personas. En dos horas el incendio estaba controlado.

Mis obras de teatro tienen un rango amplio de improvisación, que responde a lo que demanda el presente. Esa noche terminé llorando en escena cuando me aproximé al discurso sobre el amor al prójimo. Jesús dijo: "Ámense los unos a los otros como yo los he amado a ustedes, y ese amor al prójimo será el sello distintivo de mis discípulos".

Estaba haciendo una gira por un territorio que sufrió un terremoto hace un poco más de dos meses.



Entonces pude reconocer ese amor nombrado por Jesús como el impulso espontáneo y natural de salir a ayudar a los desfavorecidos, al vecino, al hermano, a un perfecto desconocido. El amor de Jesús en las 50 personas que llegaron a salvar mi casa y *Savitri* Teatro.

Y esto era sólo el principio. Dos días después, mientras montaba las luces para la cuarta y última función de la gira, el Cerro San Marcos —forma parte del Macizo de Iguaque — de Villa de Leyva entró en llamas. La función fue una sola oración por la lluvia, un rezo por Iguaque. Viajé a Villa de Leyva con el corazón en una mano y el celular en la otra. Viendo los 40 mensajes por segundo que entraban en el chat de emergencias. Presenciando, desde la distancia, el desenvolvimiento de los hechos minuto a minuto. Que se prendió el Hotel Arcoiris, que se quedaron atrapados los voluntarios en medio del fuego, que llegó a la Hospedería El Duruelo, que se prendió el Hotel de la Mesopotamia —ninguno de los hoteles se quemó, el fuego sí estuvo cercándolos—. Que se subió a la montaña, que se pasó a Chíquiza, que se está quemando Iguaque.

Aquí hay fuego, un fuego bien dirigido, consciente, un fuego comunitario.

El personaje de mi obra es una bufona que retorna del mundo de los muertos y no entiende muy bien si es Bachué o es Jesús, abriendo

preguntas sobre la relación con lo sagrado y la energía femenina, la energía de la tierra. Al llegar al pueblo, me agregaron al chat de Logística de Emergencia, hoy llamado *GEAR* (Grupo Emergencias Alto Ricaurte) y diplomado por el cuerpo de bomberos, reconociendo su importante labor durante el incendio. Un grupo conformado en su mayoría por mujeres, dedicadas 100% a atender todo lo que había que atender. Estás en un foco de incendio, necesitas algo, llámalas y ellas resuelven. Las chicas *GEAR* dedicadas al amor al prójimo.

El impulso espontáneo y natural de salir a ayudar a los desfavorecidos.

Sólo que, en este caso, hermanos y hermanas, el prójimo no es una persona. Ya no estamos hablando del amigo, vecino o familiar. El prójimo es una montaña.

Y pese a todos los esfuerzos humanos, el fuego solo subía y se empezaba a devorar bosques de robles prístinos, se quemaba el páramo. Sólo un milagro de Jesús o una verdadera brigada de helicópteros podría apagar ese terror. Me levanté el jueves por la mañana con un comunicado del gobernador de Boyacá que decía que se recibían donaciones para pagar horas de helicóptero para hacer descargas de agua. Llamé a mi amiga Alejandra Balcázar. ¿Viste que podemos gestionar


©Mariana Cruz

helicópteros de manera privada? Sí. Averiguamos aquí y allá. Empresa Elistar, Empresa Sadi. El alcalde nos informa sobre un piloto muy diestro que maneja un helicóptero anaranjado pequeño que es capaz de meterse por los lugares más remotos del cañón. Entonces quizás podemos salvar el Papayal —sector ubicado en el Santuario de Fauna y Flora de Iguaque — Aleja, podríamos hacer una campaña y conseguir dinero para pagar horas de ese helicóptero. ¿Lo hacemos? ¡Lo hacemos! Hermanos y hermanas: Yo nunca había visto eso. Iguaque, madre. La gente te ama: en 15 horas recaudamos más de 80 millones de pesos.

Podría redactar otro artículo sobre el desarrollo de los acontecimientos entre los topes de las transferencias, los infiernos interbanca-

rios, la escalada acelerada para salir del Hoyo de la Romera —donde me encontraba en ese momento con un grupo— ir a la oficina de Bancolombia y recibir las amables visitas del Gaula. Ese es otro relato del que, con un poco más de tiempo y distancia, brotará un humor delicioso. Pero el punto aquí es el amor al prójimo, el amor a Iguaque.

Si el fuego se salió de control en el incendio, la gente se desbordó en el deseo de apoyar. Entonces quizás colectivamente sí recordamos el sentido sagrado de las aguas primigenias, quizás sí recordamos que los árboles y los animales también son el prójimo. Entonces quizás todavía existe dentro de nuestro corazón un vínculo fraternal con la naturaleza.

Ciertamente estamos listas y listos para un nuevo tiempo, o el recuerdo de un tiempo antiguo en el que el tejido de la vida es lo más importante. Ciertamente estamos listas y listos para dejar nuestro individualismo al lado y ponernos al servicio de una causa. En este caso, la causa de proteger y cuidar a un Apu, un cerro tutelar.

El Cuerpo de Bomberos de Villa de Leyva y otros municipios, brigadistas, hordas de voluntarios, helicópteros, y las spice GEARs en apoyo logístico y alimentación. Y también oraciones en todas las latitudes, en distintas lenguas y sistemas de creencias. Personas rezando por Iguaque, porque saben lo que representa y el rol que ocupa en el equilibrio del planeta. Entonces una fuerza más allá de lo humano, una respuesta de los cielos al amor al prójimo que brota en la tierra. La lluvia. Eso sí es un milagro.

Canta el personaje de mi obra a manera de chiste: "Otro milagro de Jesús, otro milagro de Jesús. Otro milagro, milagro, milagro, milagro, milagro de Jesús". Por favor reapropiémonos de la palabra milagro como el efecto de la fe colectiva. ¿Qué es un milagro si no la certeza de que podemos dialogar con las fuerzas de la vida? ¿Cómo se escucha un territorio?

Ya no estamos hablando del amigo, vecino o familiar. El prójimo es una montaña.

Una chispa nos hace tener una buena idea, emprender un proyecto, liderar un grupo, lanzar una campaña para contratar un helicóptero. Pero esa misma chispa puede ser la que nos hace insultar a un ser querido, apretar un gatillo o emprender un genocidio. Es importante templar nuestro fuego, contenerlo. Y también saber dirigir esa llama como pasión creativa más que como fuerza destructiva y voraz. En el momento en el que escribo esto, se están tejiendo doce grupos dentro de un gran grupo organizado por la sociedad civil en torno al cuidado de Iguaque. Aquí hay fuego, un fuego bien dirigido, consciente, un fuego comunitario. Un fuego en torno al cual vernos, organizarnos. El fuego del amor al prójimo.

Operación Dinamo: la comunidad e institucionalidad unidas por los cerros

Por María Teresa Reina Forero*

En días pasados la comunidad de Villa de Leyva vivió la experiencia más fuerte y dolorosa: ser testigos de un incendio de grandes proporciones que devoró cerca de 1.500 hectáreas del Santuario de Fauna y Flora de Iguaque y sector San Marcos o cerro Mayor, este último conocido por su camino antiguo que conecta a Villa de Leyva con Tunja y Chíquiza. Estas montañas proveen no solo la belleza y la majestuosidad admiradas por visitantes y habitantes, sino la vida en todas sus dimensiones a través del líquido más preciado: el agua, indispensable no solo para Villa de Leyva sino para todo un territorio ancestral. No fue únicamente una emergencia ambiental, fue una herida profunda en el corazón de una comunidad que entiende su existencia ligada indisolublemente a la salud de sus cerros. Sin embargo, en medio de la angustia y el dolor, la primera en dar un paso al frente fue la propia comunidad; con una solidaridad conmovedora en la que los habitantes se volcaron de inmediato a



colaborar, demostrando su amor incondicional, capacidad de organización, incansables jornadas largas desde las tres de la mañana hasta bien entrada la noche, y dando la mayor lección de trabajo en equipo ante la adversidad.

La conflagración, iniciada en el sector de La Marmolera sobre las faldas del cerro San Marcos, se propagó con rapidez avivada por fuertes vientos y una sequía agudizada por el Fenómeno del Niño. La respuesta de la comunidad fue inmediata, al igual que de la administración municipal, apoyada por el cuerpo de Bomberos de Villa de Leyva. Una organización contrarreloj fue la creación de varios grupos de WhatsApp que entendieron la urgencia y metodología para conectar necesidades prioritarias con apoyos de todos lados de Colombia y del extranjero, reconocimiento especial a Emergencias Villa de Leyva y demás canales de información.

El incendio en el cerro San Marcos y el Santuario de Iguaque nos deja una lección dolorosa, pero ineludible: la majestuosidad de nuestras montañas es tan inmensa como su fragilidad.

Se instala en el Hotel Duruelo el Puesto de Mando Unificado (PMU), coordinado por la Unidad Departamental para la Gestión del Riesgo de Desastres de la Gobernación de Boyacá, Dirección Nacional de la Unidad para la Gestión del Riesgo UNGRD, Gobierno Nacional, Ministerio del Medio Ambiente, Gobernación de Boyacá y sus secretarías:



Ambiente y Desarrollo Sostenible, Turismo, Gobierno, Salud e Integración Social, administración del municipio de Villa de Leyva, hospital San Francisco, Corpoboyacá, Dirección Nacional de Bomberos de Colombia, Bomberos Villa de Leyva, Bomberos Chiquinquirá, Batallón Sucre, Defensa Civil, Cruz Roja, Policía Nacional, Policía de Rescate, Ejército Nacional, FAC, Parques Nacionales Naturales de Colombia, Instituto Alexander Von Humboldt, Equipo Scout de Emergencia, SADI SAS y las brigadas comunitarias de voluntarios, quienes desplegaron un operativo coordinado en condiciones de alto riesgo para frenar el avance de las llamas al bosque milenario, que era prioritaria su protección, desplegándose operaciones por tierra y aire.

El trabajo conjunto demostrado en el PMU y en la comunidad en primera línea de respuesta debe convertirse ahora en el pilar de una estrategia permanente de prevención, creación de las gobernanzas del paisaje y de la biodiversidad, convirtiéndose en una gran gobernanza policéntrica, como diría el profesor Manuel Galvis, en la charla de expertos (lunes 28 de septiembre de 2026), organizada por el Grupo MICRAM, UPTC, bajo la presentación de la docente Sandra Mireya Saba, y la consolidación de brigadas comunitarias capacitadas, la instalación de cortafuegos vivos, la implementación de estrategias ambientales, estrategias coordinadas desde las Instituciones del orden nacional, departamental y municipal, con el acompañamiento, control y supervisión de la comunidad a través de sus organizaciones sociales, que permitirán proteger las fuentes hídricas y evitar que la historia vuelva a repetirse. El incendio en el cerro San Marcos y el Santuario de Iguaque deja una marca dolorosa, pero sobre todo deja una enseñanza imborrable: la majestuosidad de nuestros cerros encuentra su verdadero guardián en una comunidad unida, cuya templanza y amor por la tierra son la mayor garantía para que la vida y el agua vuelvan a brotar de las cenizas.

Para comprender la dimensión de lo ocurrido, es necesario contemplar el valor excepcional del territorio afectado. El Santuario de Fauna y Flora de Iguaque, declarado reserva nacional en 1977, abarca cerca de 6.900 hectáreas repartidas entre los municipios de Chíquiza, Villa de Leyva, Arcabuco y Sáchica. Elevándose desde los 2.400 hasta los 3.890 metros sobre el nivel del mar, el macizo alberga en su cumbre la Laguna Sagrada de Iguaque, junto a los espejos de agua de Cazadero, Ojo de Agua, La Empedrada, Carrizal y La Negra. Sus nacimientos alimentan las cuencas de los ríos Cane-Iguaque, Leyva, Sáchica, Pómeca y Sutamarchán, y constituye la principal fábrica de agua de la provincia del Alto Ricaurte.

La majestuosidad de nuestros cerros encuentra su verdadero guardián en una comunidad unida, cuya templanza y amor son la mayor garantía.

El incendio en el cerro San Marcos y el Santuario de Iguaque nos deja una lección dolorosa, pero ineludible: la majestuosidad de nuestras montañas es tan inmensa como su fragilidad. Proteger los cerros tutelares, apoyar la regeneración del suelo, la creación de un microclima para hacer las siembras en el momento adecuado y garantizar la permanencia de su biodiversidad no es solo un deber ecológico, sino un acto de supervivencia y respeto supremo por la memoria de un territorio sagrado.

---

*Concejala villaleyvana.

Un incendio hace amigos


©Mariana Cruz

Por María Andrea "Mayo" Otero

Solo habían transcurrido 26 días desde que nos mudamos —esposo caleño, dos hijos rolos y esta costeña de las sabanas de Sucre— con todos los corotos y una gata a Nido Verde, en Villa de Leyva, cuando vimos esa noche el color del miedo: lenguas de fuego gigantes que avanzaban en nuestra dirección. Se habían prendido El Boquerón y el cerro de Sabana Alta. Los dulces y felices vientos de nuestro primer Festival de Cometas, en aquel agosto de 2015, se habían transformado en un amargo y acongojador sentimiento. El cielo que habíamos tocado semanas atrás parecía ahora las puertas del infierno.

La conflagración llevaba ya un día activa y en la casa aún teníamos más de la mitad de las cajas del trasteo intactas, sin siquiera abrirlas. Para ese momento había hecho muy pocos amigos en el grupo de padres del colegio, salvo una amiga, Liliana Páez, a quien conocí en uno de los eventos más lindos de Villa: el Festival del Árbol. Las caribeñas no somos tímidas, pero me

sentía como mosca en leche... sobre todo después de un regaño que me pegó un tal Lalo por mandar un mensaje al chat a las diez de la noche. Hice caso y, como cosa rara en mí, me mantuve en modo "bajo perfil"; apenas conocía ahí a un par de personas.

Sin embargo, no dudé en acudir al llamado de la emergencia. Como no sé apagar fuego, bajé a la ferretería, compré machetes, los puse a la orden y me ofrecí para apoyar en lo que hiciera falta. Me pidieron recoger almuerzos en los restaurantes. En medio del bololó, me llamó Natalia Matías para decirme que su esposo, Pacho Acosta, podía afilar los machetes. Le dije: "Yo también sé porque soy carpintera, pero mientras recojo la comida, rendiría mucho que él los deje como para afeitarse". Así encontré a mi primer colega de virutas, y fui feliz por ello en medio de semejante hecatombe.

Sin embargo, no dudé en acudir al llamado de la emergencia. Como no sé apagar fuego, bajé a la ferretería, compré machetes, los puse a la orden y me ofrecí para apoyar .

En la misión de repartir alimentos, terminé viajando con un grupo de señoras. Recuerdo perfectamente conocer ahí a Chila Trujillo, quien



me indicó el camino al Valle Escondido. Me dijo que era artista y tallaba maderas densas, y me sentí, por segunda vez, afortunada de acercarme a personas como ella en medio de la tragedia. Me escribió en un papelito a mano, con lápiz —y que aún conservo—, una lista de árboles nativos de la zona. Yo, como siempre adelantándome mentalmente a los procesos, ya estaba craneando el tema de la restauración, la cual no sucedió, pero fueron las especies de las primeras siembras en Jacamaki Reserva Natural.

Al llegar a Las Vegas, a ese valle hermoso que me dejó con la boca abierta por su exuberante belleza —en una época cuando no existía la proliferación de plásticos de hoy—, estaba Germán Borrás al mando

del lugar, dotando de abundante agua que brotaba como oro de un gran orificio en una pared de roca. Nos presentaron, hablamos poquito y me sentí nuevamente dichosa de conocer a alguien dedicado a la producción de quesos y derivados lácteos, pues me recordó mi infancia en la finca familiar. Dejamos los almuerzos y partimos de regreso. Ya eran cuatro adorables nuevos amigos en mi corta lista. Aquella vez se pedía con llanto el apoyo aéreo, pero tardó 350 hectáreas en llegar.

Pasaron once años. El pasado 24 de agosto me llegó una nota de voz cargada de angustia: era Mariela Peña. Su mensaje de socorro me taladró en el corazón. Me dolió Gachantivá y esa reserva restaurada a pulso que su propietaria pintó de verde con especies nativas. Se armó en minutos un chat maravilloso de logística del cual hice parte. Como me di cuenta de que seguía sin saber apagar fuego, bajo el lema de "carpintera a tus tablitas", volví a mi papel: logística, compra de herramientas, coordinar, llamar y llevar. Esta vez en carro prestado, recogiendo voluntarios y transportándolos hasta los focos de calor.

A diferencia de la primera vez, el proceso de coordinación fue mucho más ágil. Me llamó profundamente la atención que la mayoría éramos mujeres organizando: parecíamos un enjambre de abejas angelitas, de esas que no tienen aguijón. Gracias a las habilidades de Majo Acero, quien se hizo brigadista, "la vuelta" se hizo con instrucciones precisas sobre lo que realmente se necesitaba; hasta gotas para los ojos llevamos. Se quemó íntegramente la casa de abajo y el techo de la cocina se chamuscó. Nadie durmió bien esa noche en Arca Verde porque los focos seguían incandescentes, a pesar de la atención oportuna de los bomberos y del acompañamiento hasta altas horas de la madrugada de los vecinos apagando el monte. Fue un duro golpe para ese bosque sembrado hace 25 años con tanto amor y dedicación en ese suelo gredoso. Con la llegada de sus hijos desde Bogotá, nos pudimos marchar varios voluntarios (Sofi, Migue e Iván, los nuevos amigos) y fui de nuevo feliz: estábamos ahí entre extraños por la fuerza del amor.

Aquella vez se pedía con llanto el apoyo aéreo, pero tardó 350 hectáreas en llegar.

Poco después, el 17 de septiembre, la amenaza apretó de nuevo en la vereda Roble Bajo. Luisa Prías me llamó angustiada desde su gira en el Eje Cafetero: el fuego estaba a escasos metros y temía por *Savitri*, su casa y su teatro. Activamos los canales de nuevo e hicimos en comunidad todo lo que estuvo a nuestro alcance para respaldar la labor del cuerpo de bomberos. Aunque la afectación terminó extendiéndose a cinco fincas, *Savitri* logró salvarse. En medio de la zozobra, me dio una inmensa felicidad sentirme responsable de alguien a quien quiero



tanto, cuidando de sus espacios y de sus sueños. Ahí estuvimos todos, conocidos y extraños, firmes como la mancha del plátano.

El sábado 19 de septiembre por la tarde, mientras hacíamos rueda de bullerengue en el Museo Antonio Nariño y cantábamos eufóricos con la agrupación Los Ojitos de Mari - Bullerengue en la Montaña, el humo sembró terror otra vez. Miramos el cerro de San Marcos y ardía. Pensamos que, con los antecedentes, el tiempo seco, el Fenómeno del Niño y los fuertes vientos, el apoyo sería inmediato. Sin embargo, el apoyo aéreo llegó 100 hectáreas más tarde. Esa noche, la Plaza Mayor se convirtió en un triste escenario de *selfies* con las llamas de fondo.

El 20 de septiembre se conformó el GEAR (Grupo de Emergencia del Alto Ricaurte), integrado por la sociedad civil. Decenas de hormigas nos organizamos en chats según el frente: transporte, alimentación, compras, donaciones, logística, redes sociales y, por supuesto, quienes subieron heroicamente a la montaña a apoyar a los bomberos y a la Defensa Civil. Fue una entrega absoluta por amor a la montaña, a sus habitantes, a su fauna, su flora y a la vecindad amenazada por el fuego. Una hermandad de miles de apellidos diferentes con gente que ni se conocía en persona, pero que tuvo que sincronizarse en una danza impecable para no pisarse las mangueras, aunque sí nos pisamos los callos.

Para una costeña sincelejana que llega como una extraña al altiplano boyacense, estos duros momentos le han permitido conocer de cerca la esencia de su gente, así como la de aquellas personas que, atraídas por el poder de la montaña, llegamos a hacer de este valle de Zaquencipa nuestro hogar. Los incendios me han traído emociones horribles que no quisiera volver a presenciar, pero al mismo tiempo me han unido a personas maravillosas que guardo en el corazón, en ese bolsillo especial donde conservamos los tesoros más preciados.

Nota final: decidí, después de todo lo vivido y sufrido, formarme como brigadista, aunque espero sinceramente que no haya nuevos incendios y no tenga que poner a prueba lo aprendido.

La memoria del fuego

La memoria del fuego está en la piedra
en el silencio que reposa en la ceniza
en el viento que aviva la llama
entre los setos chamuscados que quedan
en el vestigio de lo que alguna vez fue bosque.
El fuego siempre ha estado ahí
agazapado
atento al primer descuido
para abrazar todo aquello que a su paso encuentre.

RNSC Veronia, Arcabuco.

Por Jairo Barbosa

Son muchas las imágenes que permanecerán por largo tiempo en la memoria colectiva, después de esa larga semana de fuego y humo sobre el Santuario de Fauna y Flora de Iguaque, que comenzó el sábado 19 a las dos de la tarde en la Marmolera y se prolongó hasta el día martes 29 y más, dejando una profunda huella oscura sobre la montaña, visible a lo lejos, que se irá incorporando, inevitablemente, a la cotidianidad del paisaje, otra más sobre las que lleva encima.

No es la primera vez que sucede. Han sido muchos los incendios forestales que a lo largo de la extensa historia de Iguaque se han dado. Se podría decir que son recurrentes, es decir, que son naturales, que en la lógica de la ecología obedecen a fenómenos cíclicos casi que ineludibles.



Incendio en cercanias del Duruelo Villa de Leyva

Salvo que esa recurrencia también ha sido afectada por las actividades humanas, en tanto al efecto que

traduce la tala de especies nativas, la transformación del ecosistema y la indiscriminada incorporación de especies foráneas afectas al fuego o pirófilas: pino, eucalipto, retamo, chusque y pajonales o pastos de altura, que suelen reproducirse con holgura después de las conflagraciones y que en las últimas décadas su presencia se ha potenciado.

La solidaridad, la generosidad y la disposición para enfrentarse a las llamas fue algo que marcó profundamente este insuceso.

Este incendio quizás ha sido uno de los más fuertes de las últimas tres décadas y quizás el que movió más el espíritu de las gentes que de una u otra manera nos hicimos presentes física, espiritual o económicamente, mediante aportes en alimentos, agua, hidratantes, herramientas, insumos, materiales para contrarrestar el fuego. La solidaridad, la generosidad y la disposición para enfrentarse a las llamas fue algo que marcó profundamente este insuceso.

En Villa de Leyva, el fuego mostró su fiereza y alcanzó a morder algunas viviendas, por lo que fue necesario evacuar varios hoteles y casas de habitación, y eso motivó a que tanta gente se sumara a la acción.

Pero de muchas maneras se sabía que en algún momento se podría desatar un incendio forestal, la larga sequía, las altas temperaturas de los últimos meses y los fuertes vientos configurando lo que es apenas el inicio del fenómeno del niño más agresivo que hasta ahora se está presentado, según el Ideam.

Quedará siempre la pregunta de si fue insuficiente la respuesta inicial, si no se le trató al fuego con demasiada indulgencia e incluso desidia; si fue incapacidad o falta de recursos, de apoyo; o esa terrible verdad de que al fuego no se le gana; se le domina, se le controla, se le acorrala, como si se cansara y decidiera abandonar su ataque. Pero lo cierto es que ese primer día se salió de las manos, no fue posible hacer control desde tierra y, después de devorar lo que tenía cerca, se trepó a la montaña y reventó por diferentes puntos.

No fue suficiente el cuerpo de Bomberos de Villa de Leyva. Empezó en la Marmolera, en el Cerro San Marcos, descendió por las Cárcavas y el sendero del Libertador, pasando por el acueducto de La Castellana, bajó por Mesopotamia y por el Duruelo y llegó al cañón del Cane, arriba del Hotel Arco Iris y luego cogió por la Hondura a salir a Cerro Negro y Papayal, metiéndose en la parte más preciada del Santuario en terrenos de Chíquiza, un lugar de antiguos robledales que nunca, al menos en la memoria de sus gentes, había padecido un incendio.

Fueron dos incendios en un mismo territorio. Dos realidades y un mis-



Incendio en Morro Negro, Chíquiza

mo dolor. Dos comunidades que tienen un vínculo diferente con el territorio.

Villa de Leyva, con sus casas quintas, hoteles de lujo, finos restaurantes, supermercados, bancos y un amplio comercio, con una población flotante que en ocasiones supera a los habitantes permanentes, una gran mayoría provenientes de otras partes del país y del mundo, que se han establecido alrededor de las bondades y la buena vida que genera la Ciudad Blanca, alguna vez un pueblo tranquilo y silencioso, hoy la segunda ciudad turística de Colombia.

Chíquiza y San Pedro de Iguaque, la cabecera municipal, comunidades campesinas, descendientes de los muiscas, dedicadas a la agricultura y a la cría de animales. Un pueblo lleno de retazos de campo cultivados de papa, habas y maíz, donde en cada casa se estila colgar las ollas lustrosas en un árbol, con unas cuantas cuadras apenas, pocas tiendas, un colegio y una tranquilidad inigualable.

Han sido muchos los incendios forestales que a lo largo de la extensa historia de Iguaque se han dado.

Muchos de los campesinos y jóvenes subieron día a día desde la madrugada a apagar el incendio

con lo que tenían: un azadón, machete, pala. Recientemente se había conformado un grupo de jóvenes y adultos como Brigada Forestal Comunitaria. Fue su primera experiencia, el bautizo de fuego. Se portaron a la altura de Iguaque, su territorio de toda la vida, donde vivieron sus ancestros y donde saben que quieren permanecer.

No estuvieron solos: llegaron miembros de las brigadas forestales de Arcabuco y Cómbita, establecieron un punto de acopio en San Pedro, liderado por mujeres del pueblo, de la Asociación Corazón de Frailejón y del Convite Campesino, gestionaron recursos, consiguieron herramientas, se aprovisionaron de alimentos para apoyar a los brigadistas y a las y los voluntarios que se sumaron a las arduas jornadas. También se hicieron presentes bomberos voluntarios de Bogotá, Tunja, Sogamoso, soldados del Ejército Nacional y los bomberos voluntarios del mismo San Pedro de Iguaque. Igualmente participaron muchos voluntarios y voluntarias civiles, estudiantes de la UPTC de Tunja; la mayoría de ellos llegaron por sus propios medios y con sus propios recursos a dar una mano para salvar el Santuario.

Valga decir que en la gestión de recursos de apoyo a la emergencia, la organización logística y la preparación de alimentos participaron de una manera visible y comprometida muchas mujeres, indudablemente ungidas por el espíritu de Bachué, la madre, la dadora de vida.


©Jairo Barbosa

El fuego que nos enseñó a estar juntos

Por Fernando Cordovez

Conversación con el comandante John Edward Dulcey Meza, Cuerpo de Bomberos de Villa de Leyva.



Cuando el fuego subió por las montañas de Villa de Leyva, la comunidad comprendió que el territorio no se defiende solo con agua, máquinas o helicópteros, sino con organización, confianza, sentido de pertenencia y trabajo conjunto. El comandante John Edward Dulcey Meza llegó al municipio en 1980, cuando su padre trabajaba para el antiguo Inderena y luego para Corpoboyacá. Desde entonces estudió, se casó, formó familia y se reconoció como villaleyvano "por adopción".

A veces es necesario permitir que se quemen algunas hectáreas para salvar el resto del bosque. Es una decisión difícil.

Tercero de seis hermanos, tiene raíces en Covarachía y Jericó, Boyacá. Tiene 53 años, tres hijos y trabajó más de dos décadas en un vivero junto a su padre, experiencia que despertó su sensibilidad por el bosque. Ingresó al Cuerpo de Bomberos en 1999, impulsado por el deseo de ayudar, y comprendió que su labor era un compromiso permanente con la comunidad. Desde 2014 comanda la institución, una tarea exigente, poco reconocida económicamente, pero profundamente satisfactoria.

¿Por qué el fuego avanzó tan rápido?

El comandante descarta que el incendio haya sido provocado por manos criminales. Tampoco encontraron evidencias de actividades orientadas a ampliar la frontera agrícola, ni fogatas en el punto de origen, ni cables eléctricos cercanos que pudieran haber generado una chispa.

Hacia mediados del siglo XIX Iguaque habría sufrido un incendio de proporciones enormes, que habría llevado a abandonar el pueblo.

La velocidad de propagación se explica por tres factores. El primero fue meteorológico: altas temperaturas, baja humedad relativa y vientos fuertes. Ese día, los reportes indicaban vientos superiores a 20 kilómetros por hora, con ráfagas que podían superar los 70 kilómetros por hora. El segundo factor fue el tipo de combustible: desechos orgánicos, material seco y fino, listo para arder, combinado con vegetación más gruesa, como pinos y árboles. El tercero fue la topografía de la montaña, que favorece el ascenso rápido del fuego.

La magnitud de esa combinación se hizo evidente en datos concretos:



©Mariana Cruz

en apenas ocho minutos se quemaron cuatro hectáreas. El domingo, cuando el fuego avanzó sobre el sector del Santo, dos helicópteros lo intentaron controlar, sin lograrlo. Cada descarga trasladaba entre 1.500 y 1.600 litros de agua, y las aeronaves apenas permanecían entre cuatro y cinco minutos en cada rotación.

La comunidad como soporte

Si algo distinguió esta emergencia fue la participación comunitaria. Según el recuento realizado por los bomberos, más de 26 estaciones de bomberos llegaron desde el nivel local, departamental y nacional, especialmente desde Cundinamarca. Pero, sumando instituciones, orga-



nismos de socorro y comunidad, se calcula que hubo más de 800 personas diarias vinculadas a la respuesta.

Alimentar, hidratar y sostener a semejante número de personas fue posible gracias a la generosidad de la gente de Villa de Leyva. Cuando las cocinas de la Casa del Abuelo no daban abasto, los restaurantes comenzaron a llevar comida preparada. La gente organizó grupos, identificó lo que hacía falta y transportó agua y alimentos hasta los puntos más altos de la montaña.

Para el comandante, la comunidad es el soporte de quienes están en la línea frontal. Los bomberos, la Defensa Civil y la Cruz Roja cuentan con seguros diarios pagados por el Estado; los voluntarios comunitarios, en cambio, requieren una protección y una orientación especiales. Por eso insiste en que su lugar no es el frente de las llamas, sino el apoyo logístico: cargar rollos de manguera, transportar equipos, colaborar en las tareas de abastecimiento y acompañar las operaciones bajo instrucciones claras.

La ausencia de registro, de asignación previa y de comunicación con el puesto de mando generó dificultades operativas.

Explica que a veces es necesario abrir guardarrayas, cortar vegetación o permitir que se quemen algunas hectáreas para salvar el resto del bosque. Es una decisión



Incendio Morro Negro

difícil de comprender para quien observa la emergencia desde fuera, pero responde a una lógica técnica: contener el avance del fuego y proteger el mayor territorio posible.

Aprender de la experiencia

El incendio dejó también una reflexión indispensable sobre la organización de los voluntarios. Muchos llegaron con buenas intenciones, algunos con experiencia previa en emergencias similares y otros por primera vez. Pero la ausencia de registro, de asignación previa y de comunicación con el puesto de mando generó dificultades operativas.

Por ello, Dulcey Meza ve en esta experiencia una oportunidad para construir un modelo más claro de participación comunitaria. Se trata de definir hasta dónde puede llegar un brigadista forestal, cuáles son sus funciones, cómo debe entrenarse, a qué puesto de comando debe reportarse y bajo qué amparo legal queda protegido. El objetivo no es limitar la solidaridad, sino canalizarla para que sea segura, eficaz y sostenible.

El aprendizaje municipal es igualmente claro: el esquema municipal de respuesta a emergencias y el protocolo para incendios forestales deben socializarse al menos dos veces al año con la comunidad. Esos documentos establecen qué recursos tiene el municipio, quién manda en una emergencia y cómo debe actuar cada actor. El problema, reconoce el comandante, es que suelen permanecer guardados en archivos, lejos del conocimiento ciudadano.

Para Dulcey Meza, la prevención no es una opción, sino una necesidad estructural. Habla de construir vías de acceso, bancos de agua, tanques de almacenamiento, líneas de conducción y guardarrayas. Pero advierte que estas obras deben mantenerse en el tiempo: la vegetación vuelve a crecer en pocos meses, las lluvias pueden deteriorar las carreteras y los bancos de agua pierden utilidad si se dejan tapar o si no se les da mantenimiento.

El fuego, dice, siempre estará con nosotros. Los incendios son cíclicos. Recuerda que, según relatos históricos, hacia mediados del siglo XIX el macizo de Iguaque habría sufrido

un incendio de proporciones enormes, que habría llevado a algunos habitantes a abandonar el pueblo.

Sobre los pinos sembrados después de 1960, ofrece una mirada matizada. Reconoce que no fue una decisión ambiental ideal, pues son especies altamente inflamables, pero recuerda la enseñanza de su padre: "Sin esos bosques de pino y eucalipto, quizá no quedaría hoy un árbol nativo, porque habrían sido talados para construir casas y abastecer la carpintería".

El objetivo no es limitar la solidaridad, sino canalizarla para que sea segura, eficaz y sostenible.

Un agradecimiento y un llamado

El mensaje final del comandante es de gratitud: a la comunidad de Villa de Leyva y de los municipios vecinos, a la administración municipal, a la gobernación y al gobierno nacional, por su compromiso durante la emergencia. También es un llamado a mirar hacia adelante con serenidad y responsabilidad.

"No será la primera vez, ni la última", advierte. Pero la diferencia entre una tragedia mayor y una emergencia controlada está en la prevención, en el cumplimiento de las recomendaciones y decretos, y en la capacidad de organizarse antes de que llegue la siguiente llama.



La experiencia dejó una certeza: cuando una comunidad se organiza, todo sale mejor. Villa de Leyva vivió el fuego, pero también descubrió su propia capacidad de respuesta. Y de esa prueba dolorosa queda una lección que *Conexión Zaquencipa* quiere recoger: proteger el bosque es proteger la vida compartida; y cuidar el territorio en una calamidad como esta exige que bomberos, instituciones y comunidad aprendan a caminar juntos, con un mismo mando, un mismo propósito y un mismo respeto por la montaña, como de los unos a los otros.

HALLOWEEN

EN
Casa Realidad y Ensueño
VILLA DE LEYVA

BUENA MÚSICA, GENTE CHÉVERE



PERNETT

DJ RePeTe ★ DJ ALVATROS

DOMINGO
1 DE
NOVIEMBRE
-4:00 P.M.-

CONCURSO DE DISFRACES

PARQUEADERO GRATIS

INFORMES
310 268 7688

Perdiendo a Iguaque

Por María José Acero Hernández

Eran las ocho de la noche del sábado 27 de septiembre. Bajábamos de la montaña de Arcoiris sintiéndonos derrotados y orgullosos a la vez. Después de siete días de lucha, lágrimas, ansiedad, temor y furia, estábamos agotados. Pero sabíamos algo: nuestro territorio cuenta con almas dispuestas a defenderlo. Esta historia avanzó a la velocidad del viento que, aquel domingo, segundo día del incendio, alcanzaba los 75 kilómetros por hora, mientras quemaba un importante porcentaje del Santuario de Iguaque.

Cada voluntario tenía un poder, un liderazgo: para cuidar el grupo, orientarse, abrir caminos, cargar agua, caminar rápido, observar y reportar.

Los primeros días fueron acción y desborde. Subíamos y bajábamos montañas con azadones, bombas de espalda, machetes y cuerdas. A veces no sabíamos hacia dónde correr: todos los focos parecían igualmente urgentes. Con Pablo intentábamos responder, aun cuando el fuego deshacía en minutos lo que nosotros apenas empezábamos a construir.



Este domingo fue aterrador. Comenzamos en el área de las Cárcavas a las ocho de la mañana y pronto tuvimos que correr hacia el alto del Santo, tratando de anticipar el voraz incendio que acababa de comenzar. Éramos unas veinte personas. Apenas dimos el primer machetazo para abrir una línea de contención, las brasas y el calor nos obligaron a bajar minutos después de haber llegado a la santa imagen de Jesús. Más arriba vimos voluntarios separados entre sí, golpeando con bate fuegos unas llamas de casi



tres metros. La montaña parecía expulsarnos sin piedad.

Viéndonos derrotados y con la esperanza de contenerlo en algún momento con cortafuegos y voluntarios, fuimos hacia la finca La Moralada, convencidos de que el viento llevaría pronto las llamas hasta allí. Volvimos a abrir una línea con algunos trabajadores y voluntarios y volvimos a correr. Qué ingenuos pensar que íbamos a hacer una línea cortafuegos efectiva con machetes, azadón y motosierra, cuando el incendio ya había comenzado. Después de evacuar por tercera vez en La Moralada, subimos por Arcoiris. En ese sector, Pablo tiene su casa: un proyecto de vida construido durante más de cinco años con sus propias manos. Cada piedra, cada detalle, guarda su esfuerzo y relación con la montaña.

Con nuestro amigo Alex y Eduardo, empezamos otra línea de contención, otra vez, de afán, con miedo, temiendo ya lo peor. A esta velocidad, las débiles estructuras de madera no aguantarían las llamas de todos los pinos enormes que invaden toda la zona de amortiguación. Entonces las llamas alcanzaron el lote de arriba. Era una escena apocalíptica. Escuchamos gritos de evacuación y otra vez salimos volados en el carro. Esta vez la impotencia tenía otro peso: el fuego estaba llegando a nuestra propia casa.

Evacuamos con rumbo a Nido Verde, agotados, pero seguimos trabajando. Allí ayudé a evacuar a una señora de unos ochenta años. Se aferraba a la puerta, aterrada. Le hablé con cariño y finalmente pedí ayuda para alzarla y sacarla. Mientras tanto, unas cincuenta personas

se organizaron para abrir una nueva línea cortafuegos. ¿Hasta dónde iba a llegar este incendio y cómo detenerlo?

Dejamos el sector de Nido Verde y nos movimos más al norte, tratando otra vez de ser más rápidos que él. Llegamos a La Chocita, nos sentamos un momento. Yo pensaba que la casa de Pablo podía haberse quemado. No sabía qué pasaría ni cómo acompañarlo ante semejante pérdida. Lo había visto siempre fuerte, lleno de energía, recorriendo y cuidando esas montañas que ahora ardían.

Entre coordenadas y voces, intentábamos que cada esfuerzo llegara donde hacía falta.

Pablo es escalador, caminante, amante de los viajes y los mapas. Conoce los atajos, los "desaguaderos", como él los llama. Su experiencia y mis estrategias se complementaban. Sin decirlo demasiado, encontrábamos cómo trabajar juntos y organizar una brigada espontánea de voluntarios de más de cien personas en una de las primeras líneas del incendio.

El martes, cuando nos preparábamos para ir a Tintales, Pablo sufrió un esguince de tobillo. Ese accidente cambió nuestro lugar en la emergencia. Nos obligó a detenernos y, desde allí, descubrimos otra manera de ayudar.



Incendio Morro Negro

Nos instalamos en el hotel y nació la base Arcoiris. Con radios, teléfonos y listas, empezamos a organizar grupos y herramientas. Observamos que cada voluntario tenía un poder, un liderazgo: para cuidar el grupo, orientarse, abrir caminos, cargar agua, caminar rápido, observar y reportar. Nuestra tarea era reconocer esas capacidades y conectarlas, pues allí no había presencia de ningún organismo de socorro.

Pablo subía pequeñas lomas con sus muletas para observar con binoculares. Por radio me contaba dónde caían las descargas del helicóptero. Yo cruzaba esa información con los reportes de quienes estaban en tierra y la transmitía a los militares que operaban el dron y se comunicaban con el puesto de


© Cris DeRusha

mando. Entre coordenadas y voces, intentábamos que cada esfuerzo llegara donde hacía falta. Nuestra misión era proteger y contener el incendio en las quebradas Colorada, Tintales y la zona occidental de La Hondura.

En La Hondura se encontraba Diana, Diana Montejo, una de las mujeres más valientes de esta historia. Llevaba más de cinco días en el bosque. Cada mañana me preguntaba: "¿Ya se rindió?". Yo respondía: "No, Diana. Acá presente". Escuchaba su llanto, su rabia, su frustración. Sabía que estaba protegiendo los abuelos robles. Intentaba calmarla, aunque también quisiera estallar.

Nada habría sido posible sin quienes consiguieron alimentos, agua, herramientas y medicamentos; sin Yulieth, César, Eliana y su esposo, que organizaron y cuidaron de todos en la base Arcoiris. Las mujeres presentes asumieron un liderazgo casi natural: organizaron, gestionaron y cuidaron. Si tuviera más espacio, nombraría a cada una. Quiero que estas palabras reconozcan su entrega y el papel fundamental que tuvieron.

Los primeros días fueron acción y desborde. Subíamos y bajábamos montañas con azadones, bombas de espalda, machetes y cuerdas.

Fuimos brigada, contención, amor y lucha. Yo me descubrí estratega: las horas de ajedrez con mi padre y la valentía heredada de mi madre es-

taban allí. Soy Majo, María José, o "la comandanta", como algunos me llamaron. Soy escaladora, deportista y fundadora de un colegio Montessori en Villa de Leyva. Creo en una educación cuyo fundamento sea cuidar la vida.

Hace cuatro años, durante el incendio de Arcabuco, impulsé la organización comunitaria que dio origen a Acivi, Activismo Civil por la Vida. Aunque después me retiré. Me enorgullece ver todavía en estas emergencias a personas vinculadas a ese proceso.

Hoy, junto a Pablo, me quedan dos preguntas. ¿Dónde están las instituciones que deben coordinar una respuesta en la que voluntarios, sociedad civil y autoridades trabajemos como un solo equipo, con comunicación y cuidado? El amor por el territorio necesita organización y acompañamiento.

¿Y dónde está la prevención? Necesitamos vigilancia, monitoreo, formación, brigadas y conocimiento compartido, antes de que aparezcan las llamas. No podemos seguir encontrándonos únicamente cuando la montaña ya está ardiendo. Tuvimos suerte en que el viento de 75 km/h, que casi nos acaba la montaña, cesó después de 2 o 3 horas. ¿Qué hubiera pasado si continuaba todo el día? ¿Se quemaba todo el Santuario? Y la fauna, y la flora, ¿y el agua para las 100.000 personas que se alimentan de allí? ¿Qué se debe hacer para proteger con planes de prevención a gran escala que de verdad protejan estos tesoros?



No quiero que el recuerdo de estos días se quede solamente en la emergencia. Quiero que nos sirva para reconocer lo que podemos hacer juntos y lo que todavía nos falta. Hubo manos dispuestas, personas que compartieron lo que tenían y otras que encontraron fuerzas cuando parecían agotadas. Esa entrega merece continuidad: espacios para aprender, acuerdos claros y una responsabilidad compartida que inicien mucho antes del próximo incendio.

La solidaridad apagó el incendio



Por Mariana Guhl

Aunque suene raro empezar este relato con las siguientes palabras, me atrevo a escribirlas, porque me parece que son reales: una parte de mí siente un profundo dolor por lo que pasó, pero por otra, doy gracias al incendio por haberse manifestado y por mostrarnos la capacidad que tiene este territorio para unirse y para lograr juntos, de una manera desinteresada y generosa, manejar una situación tan devastadora.

Esta ha sido mi primera experiencia en una emergencia así. Al principio no supe cómo reaccionar, pues vengo de la ciudad, donde somos ajenos a este tipo de situaciones. Este incendio me devolvió la fe en la humanidad y no puedo estar más agradecida por eso. Es casi indescriptible poder narrar con palabras la energía de solidaridad que se desencadenó en muy corto tiempo. Estuve apoyando por momentos y sentía una poderosa fuerza que nos unía, olvidando las diferencias que en otras circunstancias habrían podido causar una división profunda entre las personas.

Desde el primer día de esta devastadora situación, los voluntarios y voluntarias del pueblo dejaron a un

lado su vida cotidiana y su comodidad, para entregarse por completo a las labores de la emergencia. Los bomberos y las brigadas conformadas por hombres y muchas mujeres voluntarias empezaron a organizar todo lo indispensable para las diferentes necesidades.

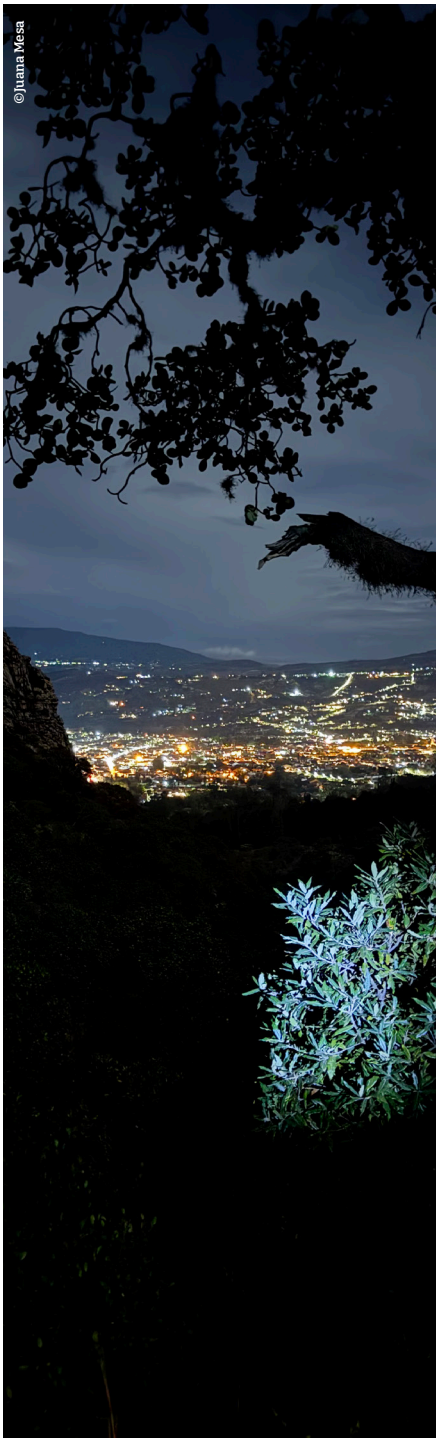
Se sentía la angustia por querer ayudar, la preocupación por las llamas que se acercaban cada vez más a las casas.

Enseguida se empezaron a crear diferentes grupos de apoyo: las personas valientes que decidieron acudir a apaciguar las llamas, dejando de lado el miedo y sacando a flote un enorme compromiso visceral para cuidar y salvar el territorio sagrado. Otras, dedicaron todo su tiempo para solventar problemáticas de diferentes índoles: cocinar para tantos voluntarios, hacer las compras pertinentes de los insumos de la cocina, empaques, medicinas, herramientas. Y todo lo que se fuera necesitando, se iba consiguiendo de manera inmediata. Voluntarias y voluntarios de todas las edades y diferencias culturales se unieron en la Casa del Abuelo y en la Casa de la Justicia, acopios principales de recolección y ayuda a donde llegaron todas las personas con su mayor disposición. Se sentía la angustia por querer ayudar, la preocupación por las llamas que se acercaban cada vez más a las casas del pueblo.



Se prendían nuevos focos, el incendio se acrecentaba y crecía sin tregua, dando paso a una impotencia absoluta. Pero el miedo no venció a ningún voluntario. Incluso, a veces sin luz, los acopios no daban abasto y las manos seguían reuniéndose para ayudar. Esa era una forma de apaciguar la zozobra.

Al principio, todo parecía caótico. Había tanta gente dispuesta a colaborar, que nadie sabía muy bien dónde situarse y cuál era la mejor opción. Sin embargo, poco a poco, gracias a personas con mucho ímpetu, se fueron creando diversos grupos para organizar la logística. Se creó un chat donde las personas iban reportando los nuevos focos y cubriendo en tiempo real lo que iba



sucediendo en la montaña. También se escribía para solicitar apoyo en los lugares más necesitados, así como para comprar herramientas, medicamentos, víveres y todo lo necesario para solventar la urgencia del momento.

Al principio, todo parecía caótico. Había tanta gente dispuesta a colaborar, que nadie sabía muy bien dónde situarse.

El chat no paraba. Estaba lleno de día y de noche, por lo que decidieron tomar el mando algunas personas capacitadas que ya sabían los protocolos necesarios. Todos hacíamos caso y entregamos lo mejor de cada uno. Muchas mujeres estuvieron al mando. Según me cuentan, en incendios anteriores las mujeres apoyaban también, pero en este caso, muchas mujeres aguerridas tomaron la vocería de la organización y su labor fue más que meritoria. Esto, sin demeritar a los hombres, quienes también con su fuerza y valor, fueron indispensables. Todos estábamos unidos. Fue mágico el desarrollo que se dio a nivel humanitario. Se sentía una hermandad nunca antes vista. No importaban las diferencias que otras veces separan. Esta vez, estaba todo el pueblo unido por una misma causa: salvar el territorio, proteger la montaña sagrada y a cada uno de los seres que la habitan.

Los voluntarios se olvidaron del tiempo y del cansancio. Mónica García, por nombrar solamente a una de los muchos héroes y heroínas de esta historia, fue la encargada de las labores en la cocina. No había tregua y se preparaban sin parar miles de desayunos, refrigerios, almuerzos y cenas. Toda la población tenía un plato de comida a su alcance. Las donaciones fueron generosas, así como la comida abundante. A veces era necesario pedir que, por favor, no llevaran ciertos alimentos o bebidas porque ya había suficiente.

Incluso, frente a la falta de apoyo estatal en un principio, la comunidad se unió para lograr contratar un helicóptero que fuera a apagar el incendio en lugares inaccesibles. Nadie esperó a que el gobierno apareciera. Todos se lanzaron a ayudar sin pensar ni reclamar. Había una urgencia y esta fue cubierta y solventada por toda la comunidad. Las personas que no podían ofrecer su presencia, ayudaban como podían. Los que tenían la energía suficiente, la ofrecieron toda para lograr mitigar la tragedia que se presentaba ante sus ojos.

Se sentía una hermandad nunca antes vista. No importaban las diferencias que otras veces separan. Esta vez, estaba todo el pueblo unido.

A medida que fueron pasando los días y la situación iba siendo controlada, empezaron a aparecer el cansancio, la tristeza, la nostalgia y la impotencia de ver el cerro: la montaña sagrada, herida y doliente. Ahora existe un nuevo término para describir este estado: se llama *solastalgia* (a menudo nombrada erróneamente como *sostalgia*) y se define como un dolor emocional o existencial causado por el cambio negativo del entorno, mientras la persona sigue viviendo en su propio hogar.

Todos, sin excepción, quedamos tocados por lo ocurrido, y de alguna manera buscamos expresar o subsanar este impotente dolor. Todos nos encontramos y hablamos de lo sucedido, como cuando se hablaba en época de pandemia.

Pero, a pesar de todo, queda la inmensa gratitud de haber presenciado también el renacimiento de una hermandad insuperable. De ver y sentir cómo todo un pueblo fue capaz de unirse para apoyar una gran causa. No hay palabras que definan el amor, la energía y generosidad con la que cada persona entregó parte de su vida para contribuir a una noble causa. Eso, sin duda alguna, vuelve a traer la fe en la humanidad. En estos tiempos difíciles, cuando el individualismo prima, este territorio logró unir cientos de manos que, al unísono, trabajaron sin tregua, como un solo organismo vivo. Gracias a todas y todos los valientes por su inmensa entrega. Sin ustedes, hoy la historia sería otra.

Una mujer con mucho fuego en el corazón

Por Mónica Perea Esparragoza

Hablar, después de una situación traumática, puede ser parte de empezar a sanar. El incendio que hirió a nuestros cerros y al Santuario de Flora y Fauna de Iguaque no fue lo único que ardió. El abuelo fuego también vino a recordar el sentido de reunir a la comunidad, su papel en torno a la palabra. Quema, sí; pero también calienta e ilumina. No solo provoca estragos: también alimenta, y nos recuerda la energía de la transformación.

La comunidad debió notar el coraje que salió de esta mujer y terminó, desde el relato, convirtiéndola en una jovencita.



Nidia Esmeralda Becerra, como la piedra preciosa, sabe brillar.

Es la presidenta de la Acción Comunal de la vereda Roble Alto. Esa es la información que tengo sobre ella. Me cuentan que, durante el pasado y triste incendio del cerro San Marcos, donde la comunidad se reunió en torno al fuego, fue una de las varias mujeres que estuvieron al frente de todo. Con sus propias manos, batió el refrigerante, como si fuera una sopa comunal, sin antes saber hacerlo; halló la manera, junto a la comunidad, de ir retrasando la voracidad del incendio. Lo domó por momentos, pero también fue testigo de su ferocidad, que en un momento casi la alcanza y le tocó salir huyendo en su motocicleta.

Cuando me comparten su contacto y me narran retazos de historias sobre ella, contrasta el heroísmo con la imagen de su perfil de WhatsApp. Allí, en esa circunferencia que la presenta, hay una hadita del bosque, muy sexy. Esas imágenes en contraste, la fuerza y la delicadeza, precederán a nuestro encuentro.

El segundo contacto que tengo con el hada juvenil es mi primer acercamiento, a través de un mensaje de voz, para programar una cita. El relato que me han hecho de su gallardía hace que comience tuteándola, porque ha de ser una de esas chicas jóvenes que podrían emular a la cacica Gaitana o la Pola. Mujeres que, cuando hay que tomar un machete, alzar la voz, cuidar al pueblo, no lo dudan.

Su respuesta no tarda en llegar y, de inmediato, sé que mi primera impresión, para ella, no debió ser la adecuada.

—Buenos días, señora Mónica: por supuesto, nos podemos ver...

Noto en sus palabras que tal vez sea mejor pasar del tú al usted. Y de ahí en adelante imagino que es una mujer madura con quien, de pronto, me voy a encontrar. Así que aparece, de mi parte, el "doña Nidia, ¿cómo está?", y así cruzamos varios mensajes antes de conocernos.

El día de nuestra cita, asisto a la tienda familiar, al frente de la librería Relato, y encuentro una señora hermosa, de unos ojos profundos, azules o verdes, como esmeraldas —no aprecio bien el color—, con un rostro amplio que me saluda.

Le pregunto: "¿Sumercé es doña Nidia?", pero, otra vez, comienzo mal.

—No, no. Ella es mi hija.

Vuelvo a pensar que sí puede ser tan jovencita como me la describieron o como yo misma la interpreté. Espero unos minutos y me encuentro, ahora sí, con el verdadero rostro detrás del hada del bosque. Es una mujer madura, como yo. Ambas vamos, a la mitad del camino, ya ni aquí ni allá. Y lo primero que entiendo es que el arrojo que mostró esta mujer hizo que comenzara a pasar lo que sucede cuando alguien, con sus acciones, se vuelve una historia, una suerte de leyenda. La comunidad debió notar el coraje que salió de esta mujer y terminó, desde el relato, convirtiéndola en una jovencita.

Halló la manera de ir retrasando la voracidad del incendio pero también fue testigo de su ferocidad.

Compartimos sonrisas y una complicidad discreta que suelen dar los años; ambas nos vamos acomodando para comenzar.

En los siguientes 45 minutos notaré la calidez, la sabiduría, el don de gentes de esta madre cabeza de familia, que ha conocido de cerca los

desafíos y, por lo mismo, sabe hacerles frente. Como durante veinte años dirigió un supermercado, el liderazgo no la halló desprevenida: lo fue cultivando.

Como durante veinte años dirigió un supermercado, el liderazgo no la halló desprevenida: lo fue cultivando.

Está en su segundo periodo como presidenta. La reeligió la comunidad. Entiendo, por su manera de hablar, que en ella impera el tacto. Piensa cómo quiere decirme lo que me cuenta. Sin que así lo hayamos organizado, una y otra vez vuelve el abuelo fuego, esta vez a calentar nuestras palabras, aunque también terminamos ambas sumergidas de nuevo en el incendio.

Fue testigo de la apatía de algunos, de la incredulidad de otros y de las competencias que terminó obligada a aprender en medio de la conflagración, porque muchas personas empezaron a buscar en ella una guía cuando nunca antes había tenido que enfrentarse a algo parecido. La responsabilidad de su cargo no la detuvo: la puso a enfrentar cerros ardientes, soltar animales, visitar junto con otras entidades a los niños y las personas que estaban comiendo demasiado humo.

Así que, ahí, conmigo, revive esos momentos. Veo a la Nidia joven y a la Nidia presidenta al mismo tiempo. Se tapa la cara, recordando la devastación que alcanzó a ver, porque le tocó literalmente huir de las llamas. Cuando le cuento que, en el chat de la comunidad, no hacen sino darle las gracias, se pone a llorar. Las lágrimas dicen lo que las palabras ya no alcanzan a decir.



Hemos acordado que vamos a charlar a partir de tres palabras que ella sienta que la representan. Una de ellas, la tercera, es corazón. Y antes de que siquiera me cuente sobre este, ya he podido ir viendo a alguien que ama el territorio y que estuvo dispuesta a convertirse en la primera mujer en liderar la vereda. Así como a preguntarse ella misma y a sus compañeras, cuando oía que esa era tarea de hombres: ¿y por qué no nosotras?

Me cuenta, por ejemplo, que duró veinte años administrando uno de los supermercados de Villa de Leyva, uno de esos que las



grandes marcas terminaron desterrando y, con ello, dejando sin trabajo a doña Nidia, con dos hijos: uno en el colegio y la otra en la universidad. Quedó sin rumbo. De seguro, esa situación reforzó el sentido de las dos primeras palabras que me dio sobre sí misma: berraquera y empoderamiento.

Su familia es su motor. La primera persona de la que me habló fue de su mamá, de quien dice haber heredado el coraje. Me habla también de sus hijos. El varón, todavía en el colegio, se siente muy orgulloso de su mamá. Esa fuerza que extrae del amor por su familia la terminó llevando a considerar la posibilidad de vincularse con la comunidad y dirigirla.

Al llegar a la Presidencia, varias congéneres le comentaron que, si ella se postulaba, no dudarían en ayudarla. Y así se ha rodeado de varias mujeres talentosas que la acompañan.

Me cuenta que desde niña le había gustado ponerse al servicio de lo que correspondiera. Por eso se hizo representante.

Doña Nidia no lo dice así, pero advierto, después de escucharla, cómo no solo se preocupa por las vías de acceso a la vereda, por construir placa-huellas, sino también porque las mujeres de Roble Alto, todas, tengan un espacio para sí mismas; un lugar donde puedan descansar de sus faenas, encontrarse entre ellas y recargarse.

Me cuenta que desde niña le había gustado ponerse al servicio de lo que correspondiera. Por eso se hizo representante.

La escucho y miro sus manos, cuidadosamente adornadas con sus anillos. Su moño está bien puesto. Hay diplomacia en sus palabras y una especie de serenidad que



Brigadistas Forestales y Voluntarios Civiles, en Papayal

no parece venir de una vida sin dificultades, sino de haber aprendido a atravesarlas.

Se me ocurre preguntarle, no sin antes advertirle que no tiene que responder:

—Señora Nidia, seguro que le salen pretendientes.

Nos reímos y eso basta.

Me deja claro que su mente y su corazón están, en este momento, con su familia y con su comunidad.

También pasamos por su amor por el baile. Le encanta disfrutar de unas buenas carrangas. Y ahí encontramos cosas que nos acercan. Le cuento que, en algún momento, ya había entrevistado a los mucharejos. Nuestro diálogo fluye. Siento que ambas nos estamos divirtiendo. Hasta que las personas empiezan a llegar y ella tiene que hacer una que otra mirada discreta en su celular.

Le agradezco por el tiempo que me ha regalado. Nos despedimos y sé que es tiempo de que esta dama regrese a su Presidencia.

Solo que ahora entiendo que hay mujeres que parecen hadas porque llevan algo de magia consigo, y que hay otras que se convierten en leyenda porque, cuando el bosque arde, no preguntan quién debe ir. Van. La señora Nidia fue.

El abuelo fuego dejó, sin duda, una cicatriz en la montaña, pero me voy convencida de que, cuando aparece, también hay mucho que puede iluminar y purificar.

Conciencia acuática: recordar que somos agua



Por Mariposa Solar*

Antes de tener nombre, tuvimos agua. Antes de conocer la tierra, la luz y el aire, nuestro primer territorio fue líquido. Durante nueve meses habitamos el vientre de nuestra madre, suspendidos en el líquido amniótico, contenidos por su cuerpo y atravesados por la vibración de su voz y el latido de su corazón. Antes de ser seres humanos caminando sobre la Tierra, fuimos seres acuáticos.

Quizá por eso el agua despierta en nosotros una memoria tan profunda. Algo antiguo se conmueve cuando escuchamos la lluvia, contemplamos un río o sumergimos el cuerpo en el mar. Nuestro organismo depende de ella para vivir: el agua participa en innumerables procesos celulares, circula en nuestra sangre, forma parte de nuestros tejidos y permite que sucedan las reacciones que sostienen la vida.

Somos, literalmente, seres de agua caminando sobre la tierra. Y, sin embargo, en muchos momentos lo hemos olvidado.

El 19 de septiembre, un incendio puso al territorio de Iguaque y al valle de Zaquencipa frente a la fuerza de los elementos. La montaña ardía, el humo cubría el paisaje y la presencia del fuego nos confrontaba con una verdad que solemos olvidar en nuestra vida cotidiana: no somos dueños de la naturaleza. Somos parte de ella y nuestra existencia depende de un delicado equilibrio que no controlamos.

Mi labor fue hacer un llamado al agua. Recordar que nuestra palabra también puede ser una forma de creación.

Frente al fuego, apareció, inevitablemente, el miedo. Pero también apareció una pregunta: ¿qué viene a mostrarnos este fuego?

Para mí, aquel incendio fue también un llamado a la transmutación. El fuego tiene la capacidad de consumir, transformar y devolver a la tierra aquello que ya cumplió su ciclo. Mientras contemplaba la montaña arder, pensé en nuestros propios incendios: las rabias que acumulamos, los resentimientos que alimentamos, las luchas que sostenemos y las palabras que, como pequeñas llamas, pueden terminar


© Mariana Guhl

quemando vínculos, comunidades y hasta nuestro propio cuerpo. El fuego exterior nos invitaba a mirar el fuego interior y a preguntarnos qué necesitábamos soltar para volver a nuestras aguas.

Tuve la posibilidad de apoyar desde diferentes frentes logísticos, siendo parte del colectivo que hoy se llama Gear, Grupo de Emergencias del Alto Ricaurte, mujeres líderes de distintos caminos que nos unimos para dinamizar y apoyar en que la organización de recursos económicos y físicos tuvieran un lugar para los voluntarios, los brigadistas y los bomberos; articulamos ayudas de todo tipo, hasta un helicóptero, una suma de hilos femeninos tejidos al servicio y en un propósito mayor: cuidar nuestro territorio.

Durante aquellos días, también mi labor fue hacer un llamado al agua. Cantar, rezar, reunir voces, respirar,



mirar al cielo y recordar que nuestra palabra también puede ser una forma de creación. Estuve también en labor espiritual con el mayor muisca Xieguasinza, en conexión con la laguna, llamando el agua, no desde la pretensión de controlar la lluvia, sino desde la conciencia de que hemos perdido, en gran medida, nuestra relación íntima con los elementos.

Hace trece años nació *Canto al Agua*, de la mano de Héctor Buitrago, fundador y músico de Aterciopelados, precursor de este canto y de una plataforma que hoy se extiende por distintos lugares del mundo. Desde entonces, hago parte de la familia de *Canto al Agua* que, cada 22 de marzo, el día mundial del agua, nos reunimos para hacer un canto colectivo desde miles de lugares en todo el mundo, resonamos la vocal A para conectar nuestro corazón en gratitud con el agua. Este trabajo ha sido para mí una invitación a recuperar nuestra relación con este elemento esencial mediante el canto, la palabra, la meditación, la gratitud y el encuentro comunitario.

En este camino también nos ha inspirado el trabajo de Masaru Emoto y sus experimentos alrededor de la relación entre el agua, las palabras, la música y la intención, en los que se demostró cómo todo esto tiene un efecto absoluto sobre nuestros cristales de agua, y de allí surge la pregunta: ¿qué ocurre cuando transformamos nuestra manera de relacionarnos con el agua?

La montaña ardía y la presencia del fuego nos confrontaba con una verdad que solemos olvidar: no somos dueños de la naturaleza.

No necesitamos demostrar que una palabra modifica mágicamente una molécula para reconocer que nuestras palabras tienen poder. Una palabra puede herir o reconciliar; puede generar miedo o confianza. Una canción puede reunir a una comunidad. Un rezo o meditación puede transformar nuestra disposición interior. Y cantar tiene efectos concretos sobre nuestra respiración, nuestra atención, nuestra experiencia emocional y nuestro sistema nervioso. Por eso, cuando cantamos al agua, también estamos cantando hacia nosotros mismos.

El fuego exterior invitaba a mirar el fuego interior y a preguntarnos qué necesitábamos soltar para volver a nuestras aguas.

El incendio me hizo comprender que llamar al agua no podía significar únicamente pedir lluvia. Era un llamado hacia adentro y conectar con lo femenino que nos habita. Porque podemos pedir agua para la montaña, mientras vivimos secos por dentro; podemos pedir que sane el territorio, mientras alimentamos nuestras propias guerras; podemos pedir lluvia sin preguntarnos por lo que necesitamos limpiar, soltar y dejar circular.

El agua nos ofrece otra forma de existir. Fluye, se adapta, rodea los obstáculos, cambia de estado y vuelve a comenzar. Puede convertirse en nube, lluvia, río, hielo o vapor sin dejar de ser agua. Tal vez nosotros también necesitamos aprender esa sabiduría: cambiar de forma sin perder nuestra esencia, permitir que las emociones circulen, llorar cuando sea necesario, soltar aquello que se ha estancado y recuperar nuestra capacidad de sentir.

Hablar de conciencia del agua, entonces, no debería limitarse a proteger los ríos o evitar su contaminación, aunque hacerlo sea indispensable. Significa comprender que el agua no es simplemente un recurso. Es condición y origen de vida. No nos pertenece: nosotros pertenecemos a ella porque SOMOS AGUA.

El agua que hoy bebemos ha recorrido un ciclo mucho más antiguo que nuestra propia existencia y continuará viajando mucho después de nosotros.

Por eso, el fuego dejó una pregunta que todavía permanece: ¿qué necesitamos transformar para que vuelva a llover, no solamente sobre la montaña, sino también sobre nosotros y sobre toda la humanidad?

Quizás el llamado más profundo no sea simplemente "que llueva", sino "que despertemos". Que recordemos que somos agua, que nuestra voz tiene poder y que nuestras acciones son semillas. Que comprendamos que proteger un nacimiento de agua es proteger la vida; que cada río cuidado es una oración;

que cada canto puede convertirse en una ofrenda y que nuestras lágrimas también pertenecen al gran ciclo.

Fuimos agua antes de ser palabra. Fuimos agua antes de tener nombre. Y algún día, cuando nuestro cuerpo regrese a la Tierra, el agua continuará su viaje.

Por eso canto. Canto al agua, a la montaña y a la lluvia. Canto para recordar y para que recordemos juntos. Porque quizá la lluvia que estamos esperando no viene solamente del cielo. Quizá también está esperando nacer dentro de nosotros.
Tal vez esa sea la verdadera enseñanza que el fuego vino a entregarnos: apagar nuestros fuegos, abrir nuestras aguas y volver a escuchar.
Y cuando una comunidad recuerde que su palabra es semilla, que su canto es rezo y que su cuerpo pertenece a la tierra, podremos levantar nuestras voces hacia el cielo y descubrir que el cielo también estaba esperando nuestra canción.

Así paso el 27 de septiembre. Nueve días después de que el incendio siguiera sin extinguirse completamente, hicimos un canto al agua en comunidad en la plaza central de Villa de Leyva: nuestras voces e intenciones se juntaron para llamar la lluvia, mientras que, en la montaña, varias personas acompañadas por el mayor muisca llevaban ofrendas y trabajo espiritual, todos tejidos en un mismo propósito, el agua. Esa noche llovió como no pasaba hace más tres de meses en este territorio, un aguacero largo y contundente que nos arrulló y, por fin, extinguió completamente el fuego.


©Ana María Eccheverri

Amaneció con el verde que queda después de llover. La magia existe, la cuántica y la fe también existen, pero creo que este presente nos deja un gran regalo: la conciencia de los elementos que nos habitan y la alquimia que hacemos con ellos dentro y fuera de nosotros... Gratitud porque nuestros ríos vuelvan a encontrarse para fluir en amor y unidad.

Les comparto mi más reciente canción: Iguaque una invo-canción a los guardianes de esta montaña que nos abraza.

https://www.youtube.com/watch?v=UluMI_JJ9kI&list=RDUluMI_JJ9kI&start_radio=1 y una de mis tantas canciones al AGUA https://www.youtube.com/watch?v=zc9NLCbr6Nw&list=RDzc9NLCbr6Nw&start_radio=1

---

*Cantautora y terapeuta holística.

Ángela Sanabria: el mundo es de los valientes

Por Olga Lucía Riaño

Sábado 19 de septiembre de 2026. Día soleado, caluroso, aunque el viento atenúa el rigor del clima. Ante su telar, una campesina usa con destreza la lanzadera. Desde su casa de la vereda Sabana de Villa de Leyva, que ha acogido a varias generaciones de su familia —abuelos, padres y ahora a sus dos hijos—, contempla la montaña y respira el olor a musgos y bosque. Los cerros tutelares de Iguaque no son una atracción ni parte del paisaje: son parte de sí misma. Los observaba con reverencia y admiración; si bien los ha visto cotidianamente durante sus 39 años, no dejan de asombrarla y de hacerla vibrar con su verde manto y su misterio.

Angelita recopilaba información de distintos sectores para articular la respuesta y poner orden.

Pasado el mediodía, deja su labor y baja hacia La Bañadera. Ve humo allá en el cerro. Por el tiempo seco y



el verano intenso, sabe que vienen días difíciles, aunque no imagina la magnitud de lo que ocurrirá. Activa sus saberes, su experiencia. De la tejedora de metro sesenta y dos y unos sesenta kilos emerge la fuerte líder. Regresa rápido a casa; se pone el overol, toma el morral y parte hacia La Castellana, donde se une a los bomberos. Ninguno duda en recibirla. Es Ángela Sanabria Sáenz, Angelita, valiente y cabal mujer que sabe perfectamente cómo capotear semejante emergencia y el fenómeno social que genera.



“Hace doce o trece años comencé como socorrista de la Cruz Roja. Cuando ocurrió el incendio de 2015, que empezó en Chaina, muy cerca de mi casa, fui a un grupo de apoyo que tenían Marko Siegert y Germán Posada. Eran vecinos míos y ya había tenido instrucción con Marko en la Cruz Roja. Ese equipo se llamaba Grupo de Apoyo Alto del Espino y respondíamos al llamado de los bomberos de Villa de Leyva cuando lo solicitaban.

Por el tiempo seco y el verano intenso, sabe que vienen días difíciles, aunque no imagina la magnitud.

Tuvimos instrucción permanente durante once años. Hace unos diez años asistí a una capacitación que organizó el Club Rotario en Colombia para los bomberos de Villa de Leyva, que nos dieron unos cupos. Hice el curso de bombero forestal, o sea, de combatiente forestal, que así se llama. Siempre he estado activa en temas de emergencias, porque me gusta y porque siento que hay que ayudar desde donde uno puede”.

Bitácora

“Este es quizás el más grande incendio que he presenciado. Siempre se quemaba San Marcos, o atrás de Villa, o a este lado de Chaina, pero nunca en conjunto San Marcos y detrás de Villa de Leyva; el hecho de que se haya metido a Morro Negro y a lo que llamamos Papayal fue muy impactante. El sábado estuve en el cerro hasta casi la media noche, acompañando a la gente de La Castellana. Ante la orden de evacuar, ellos sintieron pavor porque creyeron que se quedarían solos. Trataba de calmarlos: ´Frescos, nos vamos a quedar aquí. Los bomberos no se han movido y también está la Defensa Civil´. El domingo subí temprano por La Marmolera. Me encontré con Julián Hernández, un bombero que iba con personas de acueductos veredales y juntas de acción comunal. En las cárcavas coincidimos con bomberos de Samacá, campesinos de Sáchica, militares y soldados. Cerca de las casas vigilábamos que el fuego no bajara hacia el camino, hasta que llegó a todas partes. Mientras corría, tropecé con una cuerda de púas y me golpeé una rodilla; todavía tengo mo-

rado. Tomé dos analgésicos y bajé a La Castellana, porque el camino ardía a ambos lados y las llamas impedían el paso en algunos sectores. Bajamos en un grupo grande. Nos esperaban con almuerzo, pero recibimos la orden de evacuar. A las dos de la tarde me fui para Nido Verde, donde había cientos de personas. Solo un bombero —creo que de Tinjacá— y yo llevábamos uniforme; yo pertenezco a un grupo de apoyo, aunque no hago parte formal de la institución.

Se pone el overol, toma el morral y parte hacia La Castellana, donde se une a los bomberos.



Admiro a quienes ayudaron en tenis y sudadera, mientras yo llevaba botas, overol y casco. Con unas 150 personas cargamos manguera. Instalamos una motobomba y una línea de agua, y funcionó. En el camino de La Hondura, teníamos un punto favorable: una zona amplia y sin vegetación. Si impedíamos que el fuego cruzara, no llegaría a Nido Verde. Más tarde, llegaron Óscar Espitia, Julián y más bomberos de Villa. Estuvimos allí cuatro o cinco horas. Al volver a casa, vi que la lesión de la rodilla era más grave de lo que pensaba; en plena línea, uno no siente nada. Decidí no subir más para no lastimarme y seguí ayudando desde abajo, llamando a mis contactos para recibir indicaciones".

Con el paso de los días el estrés se intensificó. La solidaridad sostuvo las acciones, pero las circunstancias extremas calentaron los ánimos y las redes sociales añadieron ruido. El viernes, cuando la Gobernación anunció un homenaje para los bomberos y voluntarios de fuera que partían, algunos malinterpretaron aquello y hubo complicaciones.

Con la angustia, "hay voluntarios que se vuelven voluntariosos". Era necesario impedir que la gente se arriesgara en sectores de difícil acceso, como Papayal. En algunas zonas convenía hacer una guardarraya para contener el fuego, pero no entrar. El lenguaje técnico también puede confundir: un incendio

"controlado" no significa que esté "liquidado". El teniente Dulcey se lo confirmó a Angelita: "No hemos parado, Ángela, y no vamos a parar hasta que esté totalmente apagado". Los expertos sabían que el cerro seguiría humeando, incluso después de las lluvias, porque quedan plantas o pequeñas zonas encendidas, aunque alrededor todo esté quemado.

El chat

Hace once años un grupo de residentes organizó un chat de WhatsApp, Emergencias Alto Ricaurte. "Creo que lo abrió Lalo Hernández, odontólogo de Villa de Leyva. Por ahí nos comunicamos". Estaban, desde entonces, varias de las personas que marcaron la pauta en el actual evento: Mariana Salazar, que año tras año batalla con campañas de prevención; Lalo, que se involucra mucho en atención de emergencias en directo; Aleja Quintero, clave para sortear lo que sucede en Gachantivá, y muchas otras más. Compartían decretos municipales, sucesos e información de lo que pasaba para ayudar.

El sábado 19, Juana Acuña escribió que era necesario comprar herramientas. Quienes habían atendido emergencias sabían que harían falta. "Invité al chat a mi amiga Liliana Ramos —dice Angelita— y le pregunté si podía prestar su Nequi para recoger dinero. Es una persona de toda mi confianza y así empezamos a gestionar recursos [...]. Como estaba en contacto con bomberos amigos, incluso antiguos compañeros del colegio, tenía buena información. Organicé las indicaciones para el día siguiente y publicamos un flyer para acopiar recursos en la Casa del Abuelo. También enlazaba a quienes ofrecían ayuda con los bomberos que podían precisar las especificaciones de lo requerido".

En algún momento, "el grupo se abrió sin restricciones y llegó a mil y pico de personas, el límite de Whats App". Ese fenómeno de las redes sociales fue un poco caótico. Angelita era una voz tranquila en medio de tanto mensaje útil, revuelto con imprecisos. Recopilaba información de distintos sectores para articular la respuesta y poner orden.

Tuvimos instrucción permanente durante once años. Hace unos diez años asistí a una capacitación que organizó el Club Rotario en Colombia.

"Las emergencias demuestran de qué está hecha la gente, y yo me quedo con la solidaridad de Villa de Leyva, Arcabuco, Chíquiza, Sáchica, Tinjacá y Santa Sofía. Gestionamos cerca de 40 millones de pesos, mientras muchas otras personas también reunían recursos. Sin conocernos, una persona actuó como mi secretaria: seguía el chat y me enviaba lo urgente; otra eliminaba

los mensajes ajenos al tema". Pero, en los momentos de angustia, ocurren insólitos hechos. Quienes administraban el viejo chat incluso fueron amenazados con demandas por depurar la información. "Al final, antes de reestructurar el chat, todo resultaba absurdo: primero todos eran expertos en incendios y luego en restauración y reforestación". Angelita solo pensaba en que, al cesar las llamas, había que dejar quieto el cerro, ese que ella lleva en alma.

La pausa



En la vida cotidiana, Angelita, además de campo y tejido, es mamá, gestora cultural y guía turística; conoce con amor el territorio, su historia, sus secretos, su patrimonio. Hace dos años la vida dio un vuelco. El cáncer la atacó y su lucha entonces fue con la quimio, la neuropatía, la sanación. Con el mismo valor de siempre pudo levantarse y seguir, para fortuna de ella y de quienes la rodean. Iguaque también lo sabe, confía en su guardiana y la cobija con esperanza.

del 1 al 15
Noviembre
2026

IX Festival Flamenco de Villa de Leyva

Lo escénico en el Flamenco



WWW.FESTIVALFLAMENCODEVILLADELEYVA.COM